

Julio - Septiembre 2016, Nro. 9
Distribución gratuita



RELATOS INCREÍBLES

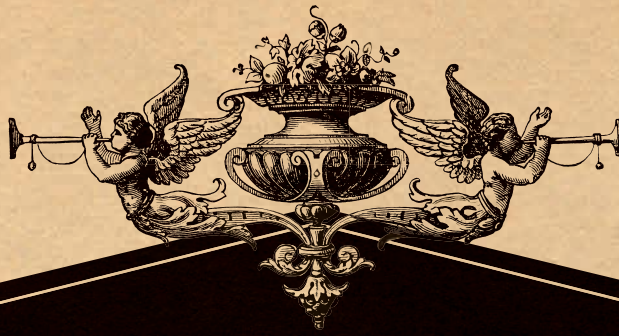
Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

CEVASCO * CASTRO * CHAMBI * HUERTAS * LÓPEZ NÚÑEZ * BARRAZA * VALLEJO



**Los peces sangrientos
y otros relatos**





Créditos



© 2016 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2016 Julio Cevalco, Pedro Castro, Merlin Chambi, Miguel Huertas, Luis López Núñez, Rodrigo Barraza y Angie Vallejo.

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, José Güich, Otilia Navarrete, Christian Campos Alvarado, Miguel Huertas, Tanya Tynjälä, Paola Arana y Daniel Arteaga**

Jefe de Ilustraciones: **Gerardo Espinoza**

Diseño de portada: **Alejandro Colucci**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra y Rafo Núnjar Tovar**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 9: **Julio - Septiembre del 2016**

ISSN: **2413-9017**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

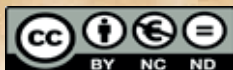
www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles

Twitter: **[@RelatosInc](https://twitter.com/RelatosInc)**



Autores



Julio Cevasco

(Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania.



Pedro Castro

(Lima, 1991). Estudiante de Ingeniería Mecatrónica de la PUCP. Historietista, ilustrador y escritor aficionado. Obtuvo el segundo lugar en el concurso de historietas «Comics for the Classroom» por la Embajada de EEUU en el 2015. Ver pp. 26, 29 y 32.



Merlín Chambi

(Tacna, 1989). Es estudiante de Historia en la UNFV pero escritor de cuentos por obra de la contingencia. Le gusta la arquitectura literaria de Poe, Borges y Ribeyro y se autodenomina seguidor de la obra de Ray Bradbury.



Miguel Huertas

(Madrid, 1991). Psicólogo. En 2016 publicó la novela *Aurora negra* con Editorial Amarante. En 2015 fue seleccionado para figurar en el libro de relatos *Lovecraft. Mitos de Fuenlabrada* (Kelsonia Editorial). Ha publicado varios relatos en diferentes revistas de ficción.



Luis López Núñez

(Ciudad de México, 1989). Químico Farmacéutico Biólogo por la UNAM, con cursos en Creación Literaria y Ciencia Ficción. Ha publicado en la revista mexicana *Punto en Línea* y en la revista española *Portal Ciencia y Ficción*. También es escritor de divulgación científica.



Rodrigo Barraza

(Huaráz, 1986). Licenciado en Educación y docente en la Universidad Nacional Santiago Antúnez de Mayolo. Ganador del Primer Certamen de cuento «A imagen y semejanza del Perú» (2014). Ha publicado una antología titulada *Once huellas bajo tus ojos* (2015).

Autores



Angie Vallejo
(Medellín, 1998). Estudiante de la carrera de estudios literarios en la Universidad Pontificia Bolivariana de Colombia. Escritora en formación, abocada a la crítica y teoría literarias. Participó en un conversatorio sobre narrativas de terror y creepypastas (2016).



Alejandro Colucci
(Montevideo, 1966). Ilustrador premiado. Su trabajo ha sido publicado por distintas editoriales del mundo. Autores *bestseller* como Andrzej Sapkowski, Anne Rice, Ursula K. Le Guin, Robert Stevenson, entre otros, exhiben sus ilustraciones en las portadas de sus libros.



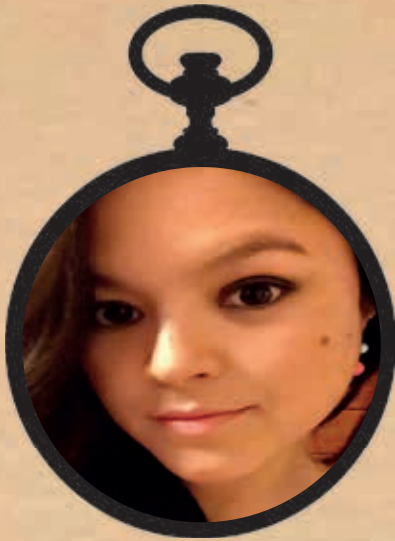
Grendel Bellarousse
(Buenos Aires, 1969). Autodidacta. Ganó un par de premios a nivel local, nacional y seleccionado en otros. Expuso a nivel individual y colectivo tanto ilustraciones como historietas. Actualmente se desempeña como Coordinador de Ilustradores de la revista *Próxima*. Ver p. 12



Gerardo Espinoza
(Lima, 1987). Diseñador gráfico y artista digital. Actualmente se desempeña como ilustrador editorial, retratista y escritor aficionado. Es integrante del grupo de historieta Ferro Producciones. Es Jefe de Ilustraciones de nuestra revista *Relatos Increíbles*. Ver p. 39



Autores



Carolina Valera

(Cajamarca, 1989). Diseñadora de Modas del Centro de Altos Estudios de la Moda - CEAM, estudios en Bellas Artes en la PUCP y Joyería en el Cite Joyería Koriwasi. Actualmente sumergida en el mundo del marketing y publicidad. Ver p. 44.



Andrea Donosti

(Logroño, 1992). Graduada en Derecho por la UNED y actualmente estudiante de Psicología. Ilustradora freelance. Trabajó en el poemario *Sobre las Nubes* en 2015 y hoy está sumergida en otros proyectos, entre ellos un par de libros más. Ver p. 20.



Adrián Rivera

(México, D.F., 1983). Maestro en Ciencias y Artes para el Diseño. Se desempeña como comunicador en un instituto de investigación. Su primer cuento publicado apareció en la *Antología Mexicana de Ciencia Ficción* de El Under Ediciones. Ver p. 48.



Eduardo Romero

(Lima, 1975). Estudió arquitectura, cursos de programación y software de modelado digital. Ganó el Concurso de historietas de Calandria en 1999. Actualmente trabaja en una novela gráfica. Ver p. 53



Índice



Editorial.....	07
Más allá de la muerte.....	09
La moneda del tirano.....	17
El Olvidado.....	23
El hombre sin suerte.....	36
No cierres los ojos.....	42
Los siete mil millones.....	46
Los Peces Sangrientos.....	51
Muro de honor.....	58



Editorial



Después de un lapso de varias semanas, vuelve a publicarse nuestra revista y, en esta ocasión, con los primeros cuentos de nuestra segunda convocatoria. Estoy seguro que los relatos que publicamos hoy y los que se vienen, por los próximos nueve números, serán de su completo agrado. Además, puedo garantizar que ya tenemos un equipo de ilustradores consolidado que sabrá acompañar cada una de esas historias con su propio arte.

En los últimos días una noticia nos ha puesto de luto. Se trata de la muerte de uno de nuestros escritores: **Pedro López Manzano**. Publicamos dos cuentos suyos en los números 2 y 4 y con ello quedó claro para cualquiera, la calidad de su narrativa. Pedro, muy poco antes de morir, publicó un libro donde recopila sus diez años de trayectoria como escritor, *Narraciones extraordinarias (y otras no tanto)*, en formatos impreso y digital. Como si se tratase de su último esfuerzo o como si estuviera esperando publicar su libro para despedirse definitivamente de nosotros. Si hay alguna posibilidad de hacerle un homenaje justo es leyendo sus textos.

Para este número tenemos un apasionante relato como cuento de portada. Se trata de la continuación de la saga de Oscuro de **Julio Cevalco**. Si algo puede caracterizar esta segunda etapa de la revista es la presencia de esta saga, que estoy seguro cautivará a todos nuestros lectores hasta el punto que desearán saber más y más de su historia. Tenemos también un cuento de **Merlín Chambi** en donde se exploran las posibilidades que nos da la vida después de la muerte. **Miguel Huertas**, a su vez, nos sumerge en la cacería de un milenar vampiro y nos acerca también a los dilemas de la muerte. Asimismo, **Angie Vallejo** explora esos mismos caminos pero desde la experiencia de una joven y una anciana, donde nada es lo que parece. **Pedro Castro** nos presenta la continuación de su historia del joven que es raptado por un conejo alienígena. En esta ocasión, ese extraño par tendrá que enfrentarse con otro espíritu que asola a una nueva especie de aves inteligentes. Mientras **Rodrigo Barraza** nos presenta una historia de un hombre que nace con la estrella de la suerte, pero más que una bendición parece todo lo contrario. Finalmente, **Luis López Núñez** narra un futuro post apocalíptico en donde los seres humanos sobrevivientes tan solo esperan una nueva invasión extraterrestre.

Carpe diem.

Héctor Huerto Vizcarra
Director



La
Biblioteca Digital
ACUEDI
cumple

2 años

y necesita
tu ayuda económica.
Colabora con nosotros
para que este proyecto continúe.
La difusión gratuita de más de
8,000
textos
necesita de tu apoyo activo.

Cuenta soles
BBVA Continental

0186-0100038954-42 (Perú)



Consultas a: info@acuedi.org

Móvil: (51) 997656330

Email: luis.morocho@camaleonazul.pe

www.camaleonazul.pe

 /estudiocamaleonazul

Camaleón

Azul

Story board, caricaturas,
comics, ilustraciones,
talleres de dibujo y
pintura,
arte concetual.



Más allá de la muerte

Por: Merlín Chambi





Primero, sintió un violento tirón en el estómago y luego un dolor ciego en la frente. Intentó pisar el freno intuitivamente pero los reflejos son traidores cuando de responsabilidades serias se trata. El auto se estrelló aparatosamente contra el camión, que había aparecido como un fantasma en medio de la neblina.

El vehículo rodó cuesta abajo al romper el cerco de seguridad que dividía la autopista del bosque. Contó más de quince vueltas pero un golpe en la cabeza finalizó su evaluación del daño. Luego, solo el silencio, la oscuridad y el terror.

I

Una corriente de aire helado lo hizo volver en sí. Estaba tendido boca arriba en lo que parecía un bosque

Por temor a sentir una lesión, aun no se movía. Abrió los ojos y vio un hermoso cielo nocturno salpicado de estrellas titilantes. Debía de ser casi la medianoche.

¿Cuánto tiempo estuvo allí? Nunca lo supo. Se irguió poco a poco y miró a su alrededor, un inmenso bosque de bambúes lo rodeaba. Siguió buscando con la mirada, no quería rendirse, tendría que estar en algún lugar conocido para poder ubicar su salida, y al final lo vio. A un lado, como un montículo de carbón en uso, su auto ardía emitiendo algunos chasquidos y crepitaciones por la combustión.

—No debí tomar esas copas —murmuró frustrado—. Ahora tendré que dar explicaciones en casa y terminar de pagar un auto que ya no usaré...

Miró con tristeza aquello que pudo ser su última morada pero que los caprichos del destino decidieron que no lo sería. Sería inútil repararlo, tenía que dejarlo atrás. La prioridad ahora era salir de allí.

El frondoso bosque le causó extrañeza. Nunca había visto su localización en el GPS ni sabía que había uno cerca de la ciudad donde vivía. Por otro lado, él pensó que caería por un despeñadero pero al parecer no fue así. La última pregunta era lo que más le aterraba: ¿Cómo sobrevivió? Y lo más inquietante era ¿cómo llegó allí?

Miró hacia arriba, hacia los costados y luego hacia el auto calcinado. Ni despeñaderos, ni barandas, ni montañas. El bosque era demasiado tupido como para ver sus linderos. Lo único visible, aparte de los bambúes, era el pequeño claro donde se encontraba de pie: Un pedacito de cielo nocturno.

También miró al piso, no había huellas ni animales. El césped estaba intacto, como si fuese el primer ser humano en pisarlo.

—¿Dónde estoy? —musitó.

Cuando miró hacia los costados, tomó consciencia de lo frondoso que era aquel lugar. Al no haber camino marcado, él sabía que tendría que internarse, al azar, por cualquiera de aquellos pasajes repletos de bambú y lianas. No tenía otra opción, sabía que su esposa e hijos estarían preocupados por él y que no tardarían en llamar a la policía.

Se internó en el bosque y una estrella fugaz visible desde el claro, se desplazó en esa misma dirección.

II

Qué incómodo era aquel camino. Tallos, madera y otros desperdicios naturales, se encontraban regados en el sendero que él abría. Sonrió, su hija cierta ocasión le reclamó algo similar.

—Papá, este lugar es horrible —sollozó la niña— hay insectos por todos lados y hace mucho frío.

—Milagros, este lugar es perfecto —dijo radiante Ciro— siente la frescura de la brisa, el aroma de las plantas y el susurro de los insectos ¿No te parece una orquesta? Los animales están en orquesta, mi amor. Nos cantan porque hemos llegado.

—Yo no lo veo así —dijo la niña con recelo— hay arañas que se suben por mis zapatos y llevo quitándome hormigas durante todo el camino. Quiero volver a casa.

Ciro, aun sonriente por el fastidio natural de una persona que recién entra en contacto con la naturaleza, miró en varias direcciones hasta que lo encontró.

—No todo en este lugar son aberraciones, querida —dijo tomando a la niña por la cintura y cargándola para que pueda visualizar lo que él había visto primero—. Mira eso, Milagros. ¿No te parece hermoso?

—Papá, yo solo veo un pequeño bulto blanco —dijo la niña haciendo ademanes para poder bajar.

—Espera unos minutos —dijo Ciro.

Ambos miraron el capullo por algunos minutos. Cuando parecía inevitable que aquella oruga decidiría prolongar su sueño un tiempo más, el capullo comenzó a moverse.

—¡Papá, Papá! ¡Bájame de aquí! Es horrible —gritó desesperadamente la niña pero Ciro no la soltó.

Se comenzó a rajar poco a poco, hasta que al final el proceso terminó. Un nuevo insecto había salido de ella. Milagros puso un rostro asqueado pero su expresión cambio radicalmente cuando el insecto desplegó las alas. Dos hermosos tapices con estampados de fantasía se extendieron por sus lados, dejando entrever su verdadera naturaleza.

—Es... hermosa... —susurró la niña.

—La oruga, cuando tiene un tiempo cumplido, se encierra a sí misma para poder alcanzar su fase de evolución final. Ese proceso se llama metamorfosis —explicó Ciro mientras volvía a poner a Milagros en el suelo.

—Entonces, durante todo ese tiempo, la oruga, ¿está muerta? —preguntó extrañada, mientras veía a la mariposa batir sus alas.

—Uhhmmm... podría decirse que sí —dijo dubitativamente Ciro— pero básicamente comienza un proceso, un viaje, en el camino a su nueva forma.

—¿Cómo una reencarnación? —dijo Milagros viendo a la mariposa alejarse.

—Sí, querida, como una reencarnación —musitó.

Ambos vieron a la mariposa alejarse.

III

Habían pasado algunas horas desde que dejó el auto en llamas. No precisaba cuantas pero las sentía en el cansancio.

El recuerdo de su hija le parecía tan lejano ahora, no sabía cuándo saldría de aquel bosque. Tampoco había oído pasar autos o aviones cerca, algo bien extraño, teniendo en cuenta que él sufrió el accidente en una carretera que es muy concurrida.

Tampoco podía ver el cielo. El tamaño de los árboles y lo frondoso de sus hojas habían creado un techo natural que le impedía ver el cielo para calcular la hora. Simplemente estaba perdido.

Sintió un poco de cansancio y se sentó encima de una peña. Se sentía frustrado. Intentó recordar algunos detalles de su accidente pero sintió algo extraño: Los había olvidado. Quizás por el estrés o la preocupación por salir de allí. Siguió barriendo con su mirada el suelo hasta que percibió algo brillante: Un charco.

El brillo que despedía se debía a que reflejaba un pedacito de cielo: Estrellas.

—Aún está oscuro —musitó preocupadamente.

Una pequeña porción de agua, en aquel extraño bosque, rompía la monotonía. Especialmente aquel puñado de puntitos luminosos, que se veían tan pequeños e insignificantes



desde allí, pero que, desde otra perspectiva, eran más grandes que su propia imaginación. Los recuerdos afloraron.

—¡Ciro, deja de hacer eso! —carcajeó una joven muchacha mientras tomaba sus manos que acababan de engeguercerla— Ya sabes que siempre adivinaré que eres tú.

Rendido ante la evidencia, Ciro se lanzó a la silla de playa de su costado mientras el ocaso escarlata bañaba de luz la escena. Los recién casados se miraron y carcajearon juntos.

—Sorprenderte debería ser mi deporte personal. ¿No crees? —dijo Ciro presionando la nariz de Circe, su esposa, cariñosamente.

Circe lo abrazó y estuvo colgado de su cuello un rato, mientras miraban el mar ondular suavemente, lo que resaltaba la emotividad de la escena.

—Pues deberías inventar nuevas formas de hacerlo, señor sorpresa —dijo ella sirviéndole un vaso de zumo de naranja—. Es nuestra primera noche de luna de miel y usted ni se ha tomado la molestia de inventar nuevas maneras —dijo indignándose falsamente.

Ciro carcajeó y se bebió, de un sorbo, el zumo mirando el cielo, que poco a poco cedía su lugar a las estrellas. Se perdió un momento en ellas hasta que escuchó el preocupante tono de voz de su reciente esposa.

—Ciro, ¿qué es eso? —dijo señalando, preocupadamente, el mar.

Ciro bajó la mirada rápidamente pero sintió que estaba mirando lo mismo. Por la orilla, donde rompían las olas, un manto de luces se extendía por toda la playa. Luces pequeñas que destellaban al movimiento de la marea y daban a pensar que el cielo había caído y estaba flotando en el mar. Era un espectáculo hermoso, pero como todo lo inexplicable, también era perturbador. Luego lo recordó.

—No temas, Circe, no hacen daño —dijo sonriente Circe, al dar con una explicación a lo que sucedía—. Es plancton bioluminiscente.

Aun por el rostro de Circe, dividido entre el susto y la admiración, Circe notaba que no había logrado mayor efecto.

—Algunas especies de plancton pueden producir energía propia y liberarla en situaciones que consideren necesarias. Nosotros llegamos en un momento especial. Hermosa coincidencia —dijo radiante Circe, mientras la abrazaba para que el miedo se rompa y solo quede la admiración.

—Pero llevamos frente a la playa todo el día, Circe. ¿Cómo es que nunca los vimos? —dijo Circe, quien poco a poco se iba dejando deslumbrar por sus colores.

Circe hizo algo de memoria, le parecía haber leído algo por el estilo en algún lado.

—Leí en una revista que algunas especies de plancton se conservan en estado criogénico para no morir de hambre a la hora de migrar. En ese estado de «media vida», el plancton llega a zonas donde la subsistencia es mejor y se «revive» a sí mismo para volver a su rutina.

—¿Esas cosas estuvieron muertas? —preguntó boquiabierto Circe.

—No exactamente, pero algo así —dijo sonriente Circe al ver que su esposa ya había perdido el miedo.

—Qué interesante es el mundo animal —dijo Circe incorporándose en su lugar para ir hacia la playa. Circe la siguió.

De pie, ante el manto de estrellas, ambos se abrazaron y observaron aquel pedacito de universo abierto, flotante y ondulante.

—Entonces, ya sé qué hare cuando mueras —dijo juguetonamente Circe sonriendo ante su idea.

—¿Qué? —preguntó, desconcertado, Circe.

—Te meteré al refrigerador por meses con la esperanza que revivas. ¡Y hasta puede que produzcas luz! —gritó Circe radiante.

Ambos rieron y disfrutaron del espectáculo estelar.

IV

Habían pasado días o quizás meses. No había manera de saberlo.

Hecho un manojo de harapos y rasguños, Circe sintió su cuerpo mucho más pesado y cansado que lo que había sentido en toda su vida. Estaba perdiendo las esperanzas de encontrar una salida a aquel infierno verde. La simetría de aquel lugar —le parecía que aquel bosque era eterno e igual— lo desesperaba y su ida se había convertido en una eterna huída. Ya no recordaba por qué había ido a parar a aquel lugar. Lo único que sabía era que quería salir de allí.

¿Por qué huía? Ni él mismo sabía. Solo quería ver algo diferente. Tenía recuerdos vagos de su vida de antes. Quizás una familia o quizás no. Lo que ahora primaba era conservar la vida para reordenar sus ideas. Tocó su rostro, un par de húmedos surcos partían desde sus ojos, había estado llorando.

—Ciro, vamos. Ya no hay nada que hacer —dijo Fresia, jalando al niño lejos de su mascota que agonizaba.

Ciro abrazaba con fuerza a su perro. El animal temblaba y botaba espuma por el hocico cada cierta cantidad de segundos. No lo soltaría, estaba seguro que el perro aun podía curarse del envenenamiento.

—No se puede morir, mamá —sollozó Giro—. Oso no tuvo la culpa de nada. ¡Alguien lo envenenó! Tiene que haber una cura.

Fresia intentó separarlo del perro pero sintió que era inútil.

—Hijo —dijo en un tono de resignación— Oso está sufriendo demasiado. ¿No te das cuenta? Quiere ponerse de pie solo porque no desea que lo veas morir. Él quiere partir a su viaje solo, manteniendo el recuerdo de sí mismo en todos nosotros como el perro que siempre nos seguía a todos lados, molestaba a las gallinas y se lanzaba al río para traernos guijarros. Él quiere que mantengamos esos recuerdos, no su agonía.

Ciro se secó las lágrimas y sintió la verdad de sus palabras. Oso merecía un final digno y él no se lo impediría. Se levantó y besó la frente temblorosa del perro quien le dirigió una mirada de desesperación en medio de las convulsiones. Giro se puso a un lado y el can, como adivinando lo que sucedía, se puso de pie rápidamente y huyó en dirección a la montaña. No miró hacia atrás en ningún momento. Fresia llevó a su hijo a dormir y no se separó de él hasta que estuvo profundamente dormido, sin pesadillas, sin espasmos.

No recordaba cuantas horas durmió en el cuarto de su madre, pero cuando abrió los ojos ya era nuevamente de día. Se puso de pie mientras se restregaba los ojos y se calzó las pantuflas. Era temprano aun, pero escuchó la voz de su madre y su abuela. Lo llamaban para el desayuno. Abrió la puerta de la recámara y entró al pasillo que daba a la cocina.

—¿Tuviste una buena noche? —dijo Fresia mientras ponía queso en algunos panes.

—Creo que sí —dijo Giro aun aturdido por el despertar—. No tuve ningún sueño, pensé que tendría pesadillas.

La puerta de la cocina se abrió y entró Juana, su abuela. La sonrisa de complicidad que cruzó con Fresia era indisimulable.

—Tienes un invitado, Giro —dijo Juana con una sonrisa de alegría infinita.

Primero, asomó el hocico y luego el cuerpo entero, como preparándose para reencontrarse con su camarada de travesuras. El perro no se contuvo más y saltó en dirección a Giro. Los panes salieron disparados en todas las direcciones pero a nadie le importó.

—¡Oso! Pero, ¿cómo es posible? —gritó el niño boquiabierto— Ayer estabas al borde de la muerte. ¿Qué sucedió?

Juana y Fresia cruzaron miradas nuevamente y Juana habló.

—Algunos animales poseen remedios naturales, saben cómo sortear la muerte de maneras que aun nosotros no conocemos —dijo ella recogiendo la panera que había caído al suelo—. Siente su pelo. ¿Húmedo, no? Es probable que haya pasado toda la noche en el río, bebiendo agua y desintoxicando su cuerpo. Ellos saben lo que hacen. Si tú no lo hubieses dejado ir, él habría muerto allí mismo ayer.

El niño se quedó boquiabierto mientras el perro aprovechaba el tumulto para comer uno de los panes con queso.

—Entonces, has resucitado Oso —dijo Giro, mientras acariciaba su brillante pelaje—. Eres un perro inmortal.

El resto de la mañana transcurrió con normalidad. Todo como antes.

V

Prácticamente, ya no caminaba. Gateaba.

El sendero, que había estado abriendo instintivamente, había derivado en una especie de túnel angosto hecho de ramas cada vez más cortas. El resultado era un camino que solo podía cruzarse agachando el cuerpo o de rodillas.

El tiempo ya no le importaba. Ya hasta había olvidado su nombre, su situación y a dónde iba. Solo seguía el sendero.

¿Quiénes lo esperaban? Ya no lo recordaba. Hace mucho que había renunciado a su situación pero, ¿cuál era su situación antes? Tampoco lo recordaba.

Gateaba de día y de noche, todo era muy fatigoso. Había momentos en que la memoria se le nublaba, cada vez los recuerdos eran menores. Al cabo de un tiempo, algunos recuerdos básicos amenazaban con evaporarse.

No recordaba cómo ponerse de pie, por ejemplo. Dudaba si aún recordaba saber usar sus brazos para acciones simples, ahora solo se había convertido en una extensión más de sus piernas para poder desplazarse.

Miró hacia adelante; la negrura absoluta de un sendero que parecía no acabarse jamás. Tembló un poco y descansó. Ya no le interesaba llegar a donde quiera que fuese antes. Solo quería terminar aquel sendero y ver qué había al otro lado.

Tras tomar algunas bocanadas de aire, volvió a gatear.

VI

¿Qué era eso? ¿Qué es eso?

Se asustó mucho cuando lo vio. A lo lejos, muy lejos, el ser encontró un punto blanco.

Pequeñísimo, casi indistinguible de aquel pasaje de ramas, hojas y tierra, había un diminuto punto blanco que señalaba algo evidente: El fin del sendero.

Para ese momento, el camino se había vuelto algo menos que una guarida de conejo. De un diámetro lo suficientemente ancho como para que el ser no pueda ni gatear, sino arrastrarse como un gusano. El ser vio el punto de luz al fondo de aquel interminable túnel de hojas y ramas, por lo que comenzó a arrastrarse violentamente.

Pese a su urgencia, sabía que no podía ir demasiado rápido. Su memoria era tan frágil que por momentos olvidaba como respirar o parpadear, necesitaba controlarlo todo a fin de que todo esto cobrara sentido. El final del sendero.

Se arrastró por días, por meses, incluso, quizás, por años. Cada milímetro recorrido se reflejaba en una milésima de tamaño que adquiría el punto luminoso. La obsesión, por saber qué era eso, lo corroía y ya no dormía durante la fatiga, con la finalidad de ahorrar tiempo y seguir gateando, hasta que lo logró.

Su rostro estaba a un palmo de distancia de aquel punto luminoso. Tocó los bordes de aquel diminuto destello de luz: Ya no había camino más allá, había llegado al fin del sendero.

Encasillado dentro de la zona más obtusa de aquel extraño túnel, intentó forzar la vista para descubrir que había en ese punto de luz. ¿Habría sido esa la razón de tan extraño viaje?

Siguió observándolo hasta que llegó a la conclusión que no podía ver nada más allá que la potente luz blanca que lo rodeaba. Frustrado, el ser comenzó a llorar.

Lloraba no sólo por lo precaria de su situación, sino porque sentía que todo había sido en vano. ¿Qué haría ahora? Olvidaba todo. Ya no sabía ni qué era realmente ni a dónde se dirigía, sólo quería alguna respuesta a su situación, alguna explicación que diese sentido a todo. Quizás la muerte habría sido la salida pero en medio de sus lamentos logró oír algo que venía del punto de luz... eran ¿voces?

Epílogo

—Doctor, diez minutos para la dilatación. El tiempo comienza desde ahora.

El grupo de médicos que estaban en la sala de operaciones comenzó a mirar las máquinas y a hacer anotaciones en algunos papeles.

—No hay riesgo, parece que será un parto natural —dijo el médico, observando a la mujer tendida en la cama que gritaba por los dolores del parto.

—Comprendido —dijo la enfermera.

El médico miró al rostro de la mujer y dijo enérgicamente:

—Señora, necesitamos que haga toda la fuerza posible para expulsar al bebé. No debería tomar más de quince minutos.

La mujer asintió y comenzó el proceso. Cada intento era un nuevo grito de dolor y los médicos se alistaban para recibir al recién nacido. Solo había que darle unos minutos más.

De repente, la sala de partos lanzó un ligero «oh». De entre las piernas de aquella adolorida mujer, un pequeño niño salía a ver la luz del mundo por primera vez. Los ojos semiabiertos del infante llamaron la atención del médico. Se había quedado embelesado con la luz del reflector.

—Solo un poco más, señora, ya está aquí —la animó la enfermera.

Finalmente, el niño salió y le envolvió en sábanas. El médico vio su rostro y se dio cuenta que le llamaba la atención la luz blanca del reflector. Hizo un ademán para pedir que se bajara su intensidad. Con una luz más opaca, el niño miró a todos en la sala de partos sin tener la menor idea de lo que sucedía allí.

Al cabo de unos minutos, lloró.

LIMA SHOW

FOTO & VIDEO DE BODAS
HORA LOCA TEMÁTICA
DRONES BATUCADA
ROBOT LED

9869 - 89144
9916 - 02114

DISFRUTA TU EVENTO
NOSOTROS LO HACEMOS POR TI

[f](#) /LIMASHOWBTL

SPK/NEUSUD

La moneda del tirano

Por: Miguel Huertas



11 de Noviembre de 1921



El carruaje se detuvo frente al túmulo con un crujido de madera vieja.

—No puedo dejar aquí a dos forasteros y simplemente irme, especialmente si hay una dama —gruñó el conductor desde el pescante, con el sonido de su voz silbando al pasar entre los huecos de su dentadura—. Al menos, no sin advertirles.

—¿Advertirnos de qué, buen hombre? —preguntó educadamente Niklas.

Sin mediar palabra, abrí la puerta de la berlina y salté al suelo, con algo de dificultad a causa de la aparatosa falda de mi vestido. Detrás de mí, los dos hombres intercambiaban palabras y monedas, pero yo sólo tenía ojos para el túmulo.

La vieja tumba se alzaba frente a mí como una campana mal enterrada y cubierta de hierba, casi hermosa bajo la brillante luz del mediodía. Las flores azules de acónito salpicaban su superficie ovalada, y sus delicados pétalos triangulares casi me hicieron olvidar el motivo por el que crecía esa planta maldita. Recortándose contra el brillante cielo, los cuervos volaban trazando interminables espirales, atraídos por el sabor de la muerte.

Sufrí un violento ataque de tos, tan repentino que casi no tuve tiempo de sacar el pañuelo de mi bolso de mano para taparme la boca.

—Un mal enfriamiento —dijo Niklas, acercándose con el pesado maletín en la mano.

—Cuando terminemos, podré descansar y mejoraré —mentí por enésima vez, ocultando el pañuelo manchado de sangre de su vista.

Ambos contemplamos, durante un momento, el túmulo, con el pesado silencio roto sólo por los hambrientos graznidos de los cuervos. Parecía imposible que el viaje, que había comenzado hacía tanto tiempo en los fríos bosques de Noruega, fuese a concluir al fin. Con un estremecimiento, recordé los huesos retorcidos que sacamos de la oscura y fría tierra: pequeños, con marcas de instrumentos afilados a lo largo de esqueleto, con las mandíbulas desencajadas en una mueca eterna de agonía.

—Tengo miedo —susurré, buscando la mano de Niklas con la mía.

—El sol está alto en el cielo. No tenemos qué temer —me aseguró él.

—¿Es éste el lugar?

—Con toda seguridad. Por lo que me ha dicho el conductor, no se conserva mucho de este lugar en las leyendas locales, lo único que saben es que está enterrado un tirano.

Nuestras miradas se cruzaron, recordando ambos la inscripción que adornaba el sarcófago vacío que hallamos en Noruega: *Aquí yace un tirano. Que la noche sea su sepulcro.*

—Es mejor que nos apresuremos. No podemos dejar que el sol pierda fuerza —afirmó Niklas, echando a andar hacia el túmulo a grandes pasos.

Me costó trabajo seguirle, pues a cada paso tenía que luchar con el vestido, pero retrasarme me dio la oportunidad de toser disimuladamente de nuevo.

La entrada del túmulo nos esperaba como una boca abierta. Niklas prendió dos lámparas de aceite y me tendió una.

—Adelante, Dorma —me dijo con una sonrisa confiada—. Tenemos un demonio que matar.

Las paredes de la tumba eran estrechas, y su oscuridad espesa y arrogante frente a la tímida luz amarillenta de nuestros faroles. Sin embargo, el montículo funerario parecía más impresionante por fuera que por dentro, y pronto llegamos a su cámara central, un espacio circular repleto de polvo.

El tirano nos estaba esperando allí.

De la oscuridad brotó un susurro lento y pesado, que parecía surgir de todas partes y al mismo tiempo también brotaba del interior de mi pecho. Niklas y yo giramos, tratando inútilmente de proyectar algo de luz sobre los muros de oscuridad, que parecían estar a punto de derrumbarse. El sonido parecía arrastrarse hacia nosotros, y lentamente comenzó a articularse, formando palabras.



Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto puedes colaborar con nosotros, comprando publicidad o con las donaciones individuales.

Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual..... 50 soles

Nuestra cuenta es
BBVA Continental cuenta soles:
0186-0100038954-42

—Vuestro calor me ofende.

Miré a Niklas en busca de seguridad, y su acostumbrada sonrisa arrogante parecía falsa y helada en su rostro. Ninguno de los dos esperaba encontrarse al tirano consciente.

—Espero que nos disculpes por haberte importunado en tu sueño, Noche —dijo Niklas con la voz más clara y segura de que lo que había esperado por la expresión de su rostro.

La oscuridad comenzó a estremecerse delante de nosotros. Algo salió de ella, despacio, con dificultad, como si estuviese siendo alumbrado por la misma sombra que nos envolvía.

La criatura avanzó con pasos cortos, cubierta a duras penas por jirones de ropa podrida, apoyándose, con una mano de dedos finos, en la roca del túmulo para caminar. El tirano proyectaba una presencia fría y vieja que me apretaba la boca del estómago. Pude oler lo que los cuervos ansiaban. Muerte.

—Noche —susurró de nuevo la criatura—. Un nombre viejo... No lo suficiente.

Avanzó un paso más. Su piel era de un blanco agusanado, que podría haber sido puro si no hubiese tenido esa apariencia obscena. Alargó una mano esquelética hacia nosotros y entreabrió los labios, saboreando algo.

—Hacía tanto que no sentía esta calidez. No consigo recordar...

—No somos saqueadores de tumbas, Noche. Encontramos el santuario en Noruega, los huesos enterrados en el patio —dijo Niklas, abriendo el maletín y metiendo una mano dentro.

Noche hizo una mueca, y su piel formó horribles pliegues sobre su rostro, deformándolo.

—Habéis venido a matarme. ¿No es cierto? —Levantó la cabeza y aspiró una profunda bocana del aire viciado del túmulo—. Asesinos.

Dio otro paso hacia nosotros. Niklas extrajo la estaca y la levantó en horizontal frente al tirano.



—No es lo único que encontramos en el santuario.

La luz de su farol iluminaba la madera, alumbrando el nombre que había grabado en ella: *Sönder*.

—Tu verdadero nombre está escrito en la estaca, tirano —anunció Niklas con una sonrisa feroz—. Tu viaje llega a su fin.

—*Sönder* —murmuró el tirano, paladeando el nombre, saboreando su significado, y después esbozó una sonrisa—. Un nombre aún más viejo, pero sigue sin ser lo suficientemente viejo. No nací en Noruega, sino aquí, en la eterna oscuridad de este túmulo. *Sönder*: roto, quebrado, así me llamaron. Pero sólo es otra máscara. Tu madera afilada no vale nada.

La sonrisa confiada de Niklas era ahora una mueca agónica. Comenzó a retroceder.

—No es tu nombre... —musitó, fijando los ojos aterrados en la estaca de madera y después en la sonrisa desdeñosa de Noche.

—No tienes poder sobre mí, triste criatura —siseó el tirano, con las tinieblas desplegándose a su espalda como vastas alas de cuervo—. Nadie lo tiene. Mi verdadero nombre... Ni yo mismo lo recuerdo ya.

Busqué frenéticamente en el bolso de mano, hasta tocar el metal frío del revólver y cerrar mis dedos temblorosos en torno a la culata nacarada. El tirano avanzaba despacio, sin prisa, aferrando con puño de hierro el oscuro silencio del túmulo.

—No tenemos su nombre, Dorma —gimió Niklas al ver el arma en mi mano—. El arma es inútil.

—Te equivocas —respondí, apuntando a Niklas a la cabeza.

La estaca cayó de sus manos trémulas, y dio un paso atrás.

—Dorma, no...

Apreté el gatillo. Él cayó al suelo como una marioneta sin hilos. Di un paso hacia él. Aún se agitaba y me miraba con ojos muertos de pez, traicionados pero ciegos. Volví a disparar y quedó inmóvil.

Miré a Noche. Sus ojos hundidos contemplaban la sangre de Niklas, que manchaba el terroso suelo del túmulo. Un deseo más intenso que el del amante más fogoso brillaba tras sus frías pupilas. Sin embargo, pronto pasó a mirarme a mí. Recorrió mi piel con sus ojos polvorientos. Su hambre me hacía vibrar.

—Ardes con la intensidad de una estrella tirana —siseó Noche—. Eterna y brillante en la oscuridad.

Cediendo al pánico, le apunté con el revólver, pero pronto me di cuenta de la futilidad de la amenaza y arrojé el arma junto al cadáver de Niklas.

—No has venido para matarme —afirmó el tirano.

Un acceso de tos me hizo doblarme, y caí de rodillas, vomitando sangre junto al cuerpo de Niklas. Cuando por fin pude controlar la tos y respirar una dolorosa bocanada de aire, miré a Noche con ojos húmedos.

—Quiero lo que tú tienes —afirmé, poniéndome en pie trabajosamente.

La sonrisa del tirano era una enorme cicatriz blanca en la oscuridad del túmulo.

—Para eso has venido —Los susurros del tirano me acariciaban la piel desnuda del cuello con su cadencia ronca—. Para suplicarme que te permita caminar mi holocausto.

—Quiero vivir —repliqué.

—Quieres más —respondió Noche, y señaló el cadáver de mi compañero—. ¿Éste es tu presente?

—Sólo un obstáculo, un trámite —respondí, sabiendo bien que las mentiras eran dominio de la vida, y por tanto ya ajenas a mí—. Sé bien qué moneda usar con los tiranos. La moneda del poder.

La satisfacción de Noche ardía con una fría llama tras sus ojos hundidos.

—Sabes que la sangre te hará mía. Y aún así, te ofreces.

—Es un precio que estoy dispuesta a pagar. No se puede conseguir algo sin sacrificar nada a cambio.

Una serie de sacudidas húmedas brotaron del tirano. Comprendí con horror que era el sonido de su risa.

—Hay otros precios. Más tardíos, más oscuros. ¿Sabes qué es lo que encontraste bajo la tierra del santuario?

—Huesos; pequeños, con surcos de instrumentos... Los huesos de tus víctimas.

El tirano rió con una amargura que me heló la sangre en las venas y negó con la cabeza.

—No... Son los restos de quienes amaba, estrella tirana. Hubiese dado tanto por ellos... Y sin embargo apagué sus vidas, ahogué su brillo en mi noche. Todos murieron gritando. ¿Y sabes por qué?

—No —susurré.

—No soy hijo de una estirpe degenerada, estrella. Me embarqué en un viaje, hace mucho tiempo. Accedí a navegar por una noche interminable, como tú ahora. Un viaje ilimitado para una mente limitada. Al principio parece imposible, pero pasan los años, las décadas, y

luego mucho más. Y los recuerdos se ajan, se convierten en polvo, y después... desaparecen. Sólo el dolor perdura. ¿Por qué, si no, las noches de los míos son un festín de atrocidades? Destruir lo que amamos es la única forma de recordarlo.

—*Sönder*. Roto —dije, con voz trémula—. Es un buen nombre.

—Sí, estrella tirana. Soy una criatura rota. Las caricias no dejan huellas en la piel, sólo la cuchilla lo hace. Sólo el dolor se recuerda siempre. Mira dentro de ti, contempla tu alma; antes de que te des cuenta no será nada, sólo una masa de cicatrices. Cada una tendrá su nombre, y su fecha. Y eso será lo único que serás, para siempre. Todo lo demás se desvanecerá. No podrás recordarlo.

Noche dio un paso más hacia mí. Estaba muy cerca, y podía oler la muerte emanando de él como el veneno de una picadura.

—Ése es el precio definitivo, más doloroso que entregarte a mí. El más agónico. El único inevitable. ¿Estás dispuesta a pagarlo?

Señalé el cadáver de Niklas mientras las lágrimas más amargas rodaban por mis mejillas.

—Ya he empezado, Noche.

Su mano fría, de cadáver, me rozó la mejilla y me hizo estremecer.

—Tu calor —susurró el tirano con ansia apenas contenida—. Lo único que puedo sentir.

Miré los ojos de Noche y me perdí en el vacío atroz que me aguardaba tras sus pupilas.

—¿Y por qué continúas, si lo único que te espera en tu viaje es una nueva cicatriz, y después otra, y otra? —pregunté con un hilo de voz.

—Lo sabes. Por la misma razón que le has disparado.

Asentí con una sonrisa de amargo júbilo. Dije:

—Porque merece la pena.

—Siempre.

Tomé con manos firmes los jirones podridos de su ropa y le atraje hacia mí. Nuestros labios se encontraron. Ardientes como una estrella tirana los míos, fríos los suyos como la noche más larga del invierno.

Juntos navegamos la oscuridad.



El Olvidado

La saga de Onírca - Parte 2

Por: Pedro Castro





El sol del atardecer proyectaba tres sombras sobre el antiguo suelo de madera, de las ruinas de una casa, en medio de un mar infinito.

—Ustedes dos son bastante buenos para este juego —dice el dueño de la sombra más grande, un ser que solo podía ser descrito como una ballena hecha de agua cristalina... aunque esta ballena era bastante pequeña en comparación con las reales; además, parecía controlar el agua del mar a su alrededor, para hacer cosas como crear apéndices con los que pueda jugar a las cartas.

—Solía jugar esto con mi abuelo y mis tíos. Aprendí algunas cosas después de perder tantas veces —comenta neutralmente la figura de la sombra mediana, un joven vestido con camisa y pantalón que había vuelto a vencer a los otros dos jugadores en una partida de póker.

—¿En serio? Yo jugaba algo parecido a esto en las calles de mi ciudad todo el tiempo, tenías que ser bueno porque, a veces, los jugadores eran demonios disfrazados y el juego podía volverse bastante intenso —responde el dueño de la sombra más pequeña, un conejo negro con un brazo ortopédico de metal vistiendo ropas a la medida, sus ojos solo mostraban una perturbadora serenidad—. ¡Eso significaba que podías perderlo todo como también ganar un deseo! —comenta alegremente.

—¿Alguna vez ganó un deseo, Sr. Archi? —pregunta el joven, sin mostrar su obvio interés.

—Gané una espada mágica... pero la perdí en otra partida, junto con mi brazo... —dice el pequeño conejo como si no fuera la gran cosa—. ¿Qué hay de ustedes? ¿Sr. Maxi? ¿Daemon de las aguas? —pregunta a los otros dos. Justo antes de que el joven comentara lo mucho que consiguió ganar en un casino antes de que lo echaran por la fuerza.

—Oh, creo que han pescado algo... —dice la ballena daemónica, de pronto dirigiendo su puntiaguda cabeza hacia una caña de pescar apoyada sobre una ventana. Por cierto, esa caña era sujeta por una especie de tentáculo de aspecto vaporoso y rojizo que salía de una de las patas delanteras del conejo. —Él llama a ese apéndice «una extensión de su alma» —piensa el joven identificado como Alejandro Máximo, conocido como «Sr. Maxi».

No le toma nada de esfuerzo al pequeño lapin, como el conejo decía que se llamaba su raza, jalar la caña, con fuerza descomunal, y destrozarse el marco de la ventana con la puerta que acababa de pescar.

Sí, habían pescado una puerta. Estaba hecha de madera y presentaba unos bajos relieves de cuadros tallados en ella. La puerta parecía haber pertenecido a la casa arruinada en que estaban navegando. ¿En verdad estaban navegando? Era difícil saberlo, pues el mar eterno era tan calmo que no parecían moverse.

—¡Ah! ¡Pero que par tan afortunado! —exclama la ballena espiritual, por eso se le denominaba «daemon», porque era un espíritu—. ¡Consiguieron capturar la puerta en tiempo record! Otros pasaron días jugando conmigo antes de conseguirla —comenta emocionado... ¿o emocionada? La voz de la ballena era extraña y aguda, por lo que no era muy fácil estar seguro. —Eso, y no nos dijo cómo se llama —piensa Alejandro, un estudiante de ingeniería química que estaba como pez fuera del agua en este mundo tan raro.

Tirada como estaba en el suelo, la puerta no parecía tener nada de especial, pero como Alejandro había aprendido en su poco tiempo en este extraño lugar llamado Onírica, las puertas lo eran todo si es que realmente querías llegar a algún lugar. ¿Cómo así? Bueno, era tan simple como abrirlas... tal como hace el Sr. Archie con su mano mecánica en estos momentos. La puerta ni siquiera estaba completamente sobre el suelo, sino que estaba inclinada por algún escombros de la ventana o de la casa que actuaba de pivote. Aun así, y contra toda lógica, al otro lado de la puerta sin umbral había aparecido un lugar completamente distinto. —Es la segunda vez que lo veo y sigo sin creerlo del todo —se dice a sí mismo el sorprendido estudiante universitario.

—Esto solo se hace más extraño. Primero llegamos a esta casa en medio del mar eterno tras huir de ése daemon por el que estoy aquí —piensa Alejandro, recordando cómo un espíritu amorfo lo había traído a Onírica solo por cometer el terrible pecado de quedarse dormido bajo la luz de un poste mágico—. Luego nos dedicamos a jugar póker, tranquilamente, con el espíritu ballena, para pasar el rato, mientras pescábamos la puerta que nos dejaría salir de aquí; pero ¿por qué no nos atacó si es un daemon? ¿Por qué el conejo no pareció preocupado ni una vez? Y por cierto, para ser un espíritu que ama el póker, la ballena es bastante mala para ese juego —seguía pensando, confundido—. Y ahora, la siguiente puerta, ¡qué se abre en medio del aire! Nos lleva a...

—Ha sido un gusto, ballena, pero el tiempo no espera a nadie —dice Archibald, a quien Alejandro se había acostumbrado a llamar «Sr. Archi»—. Hasta la próxima —agrega el conejo, dirigiéndole una sonrisa colmilluda al espíritu anfitrión, una sonrisa que al joven ingeniero seguía dándole mala espina, antes de saltar hacia lo que luce como el pasillo de algún edificio abandonado. —Hmmm, parece que ahí también está anocheciendo —piensa el joven con suspicacia, viendo la luz anaranjada que entra por las ventanas.

—Bueno... ahmm... hasta alguna próxima ocasión —dice Alejandro inseguro, antes de encarar el umbral que debía cruzar. Si bien está dispuesto a ingresar, ahora se enfrenta al problema de que no está seguro de su siguiente paso, en el pasillo por el que su compañero ahora avanza—. El camino es perpendicular a mí, si doy un paso, me iré de narices contra el suelo —piensa él, determinado a encontrar una acción con la que pueda ahorrarse esa humillación; pero antes de poder hacer algo, siente que algo frío y húmedo lo coge por la cintura—. ¡Eek! —se le escapa un gritito de la sorpresa y, por unos instantes, es incapaz de hacer algo más que ver cómo es elevado y forzosamente llevado al otro lado de la puerta. El tentáculo de agua azulada empapa su ropa y manos con el contacto, pero lo deja de pie en el pasillo amablemente.

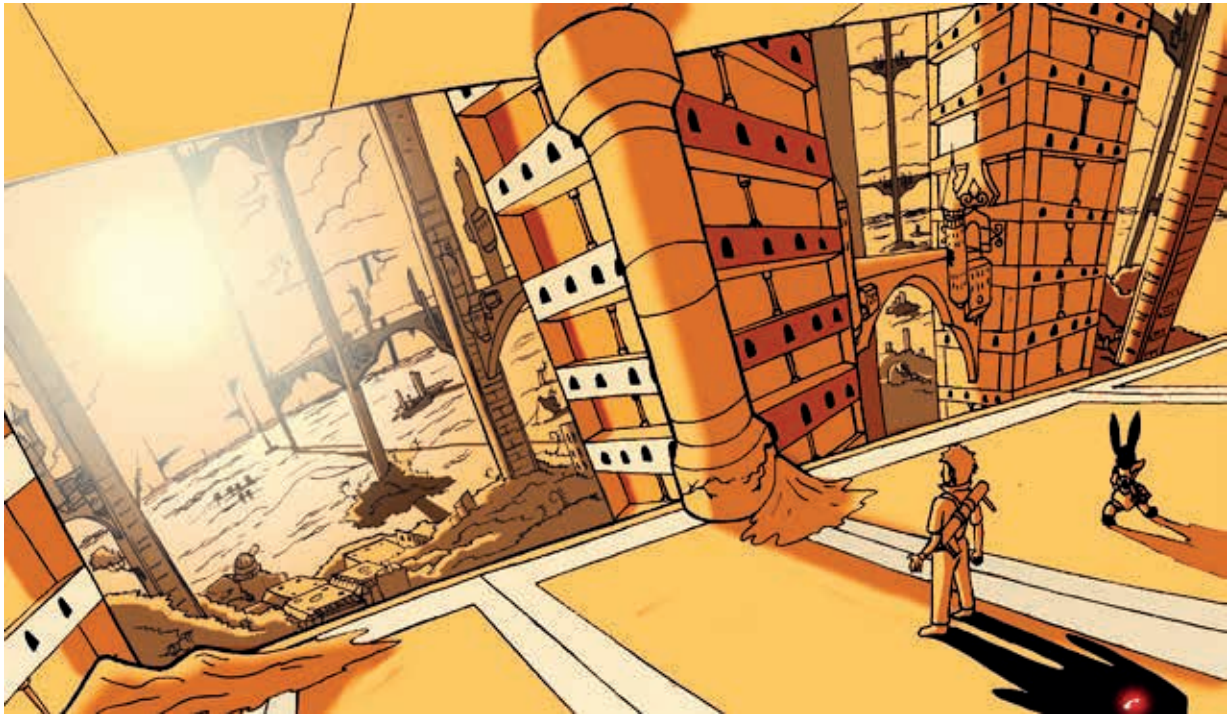
—¡Nos veremos otra vez, señores! —se despide la ballena animadamente, antes de cerrar la puerta. Alejandro solo se gira para ver cómo su otrora punto de acceso ahora se funde con una pared de madera, hasta no dejar rastro alguno de haber existido—. Tal como la puerta con la que llegamos al espacio de ese espíritu —recuerda él, poniendo una mueca curiosa antes de darse la vuelta y alcanzar al conejo negro. El pequeño alienígena se encuentra de pie al final del pasillo; le hace señas para que se acerque.

Mientras Alejandro avanza por el pasillo, mira a través de las ventanas y puede apreciar lo que luce como un paisaje devastado: El cielo es nebuloso pero no lo suficiente como para impedirle al ardiente sol anaranjado iluminar las ruinas que se extienden por un amplio yermo. Cientos de edificios, principalmente torres, se alzan sobre arena o pequeños oasis, las inmensas estructuras se elevaban hacia los cielos, atravesando las nubes, y se unen entre sí por multitud de puentes. Mientras camina se da cuenta de que corre una suave brisa. Es una vista sobrecogedora, extrañamente pacífica y, al mismo tiempo, escalofriante. No solo por la altura, era como ver una premonición. El joven estudiante de ingeniería química no podía quitarse esa sensación de inevitabilidad de la cabeza al ver todo eso.

—Hmm... qué interesante que hayamos llegado aquí —oye decir, tranquilamente, al Sr. Archi quien tenía sus ojos rojos enfocados en algo, tras la ventana, al final del pasillo.

—¿Por qué lo dice? —pregunta el Sr. Maxi, quien se acerca a ver él mismo. Una fuerte luz lo enceguece temporalmente, pero cuando por fin logra ver a través de ella, sus ojos se abren de par de par, horrorizado ante lo que ve: Huesos.

Entre la suya y otras tres torres, hay una gran masa de agua suspendida en el aire que alberga una gran cantidad de huesos. —¿Qué demonios? —se dice a sí mismo, absorto en el macabro espectáculo. Le toma poco darse cuenta de que los huesos eran bastante pequeños en general, por lo que, al menos, no eran humanos; pero entonces, ¿de qué eran y qué significaba el que estuvieran ahí? Inconscientemente, había dicho esas preguntas en voz baja por lo que su compañero de orejas largas respondió:



—He escuchado de esta especie —dice el Sr. Archi pensativamente—. Los estirges, pequeñas aves que se alimentan de sangre —al ver la expresión de alerta del Sr. Maxi, el conejo suelta una risita y agrega—. Descuida, he escuchado que en general son una burla —agrega con esa sonrisa tan poco inspiradora suya.

Después de eso y mientras avanzan por un nuevo pasillo, le explica que la gran cantidad de huesos indica que alguien, probablemente un daemon, ha estado alimentándose de ellos. —Estamos hablando de un Olvidado —le había dicho con una expresión maliciosa. Por lo visto, un Olvidado es un tipo de espíritu que alguna vez tuvo identidad y poder, pero que lo perdió todo cuando la gente comenzó a olvidarse de que existían. Alejandro los comparó, de inmediato, con los dioses paganos de las innumerables culturas humanas que habían existido en la antigüedad, todos esos dioses fueron olvidados el día que las sociedades que los adoraban desaparecieron. Los Olvidados, por lo visto, viven llenos de rencor y, cuando se dan ciertas condiciones, se manifiestan creando un nexo permanente entre el plano espiritual y el físico.

—Este paisaje tan interesante debe ser un punto de nexo. Estamos en el plano espiritual pero, al mismo tiempo, estamos en el mundo de los estirges —dice Archibald.

—Anda... y yo que creí que conocías el camino a conejolandia —comenta Alejandro secamente, a lo que su pequeño compañero se ríe y dice:

—Todo ocurre por algo, mi estimado. ¿Damos una vuelta? No hay puertas a la vista, de todas formas —dijo el Sr. Archi. Así que dieron una vuelta, muy a pesar de lo que Alejandro hubiese querido.

Alejandro Máximo y Archibald se conocieron la noche en que el primero fue abducido por un daemon al extraño mundo de Onírca y fue rescatado por el segundo. A cambio de los conocimientos científicos de Alejandro, Archibald lo ayudaría a volver a su propio mundo, para esto tenían que ir primero al mundo de los conejos, donde encontrarían a un especialista para que «extraiga» los conocimientos del muchacho perdido. En su viaje, hacia la que debía de ser una bastante extraña tierra de aguerridos conejos parlanchines, su primera parada había sido con el espíritu ballena y su casa en el mar eterno. Ahora, acababan de llegar a un planeta completamente distinto. Lo viera por donde lo viera, el estudiante de ingeniería química no podía quitarse la idea de que estaban estúpidamente perdidos y, por lo que le había dicho su compañero hace poco, un ente desconocido, devorador de gente-pájaro, estaba al acecho. Sí, qué lindo paseo iba a ser este.

Los pasillos eran muy parecidos entre sí, todos tenían amplias ventanas que fácilmente podrían abrirse hacia arriba o daban a pequeños espacios cubiertos con lonas corredizas. Y si bien, no había rastro de que hubiese algo en el lugar, la forma en que sus pisadas hacían eco, el sonido del viento y la ausencia de otros sonidos en general, ponía nervioso al Sr. Maxi. —Creo que ya entiendo la sensación que me causaba este lugar. La civilización está destinada a desaparecer, tal como ocurrió con esta sociedad en particular —pensaba para distraerse mientras llegaban a unas escaleras. Los peldaños eran pequeños, pero el joven humano no tuvo muchos problemas en descenderlos.

El siguiente nivel no era muy distinto del anterior.

Ni el siguiente...

Ni el siguiente...

—Siento que hemos estado dando vueltas o algo así. ¿No lo cree, Sr. Archi? —comenta Alejandro, tras un largo tiempo de dar vueltas en bajada. Pero, ¿en verdad habían bajado? Alejandro no estaba seguro, pero el sol no había cambiado su posición y no se sentía ni más cerca del suelo que antes—. ¿Acaso hay alguna puerta por aquí?

—Hmmm... tiene razón en algo, Sr. Maxi, llevamos demasiado tiempo dando vueltas sin que haya ocurrido algo; o nuestro anfitrión está distraído con alguien más o no estamos buscando adecuadamente —comenta el conejo negro de ojos rojos, sin mostrar la menor señal de preocupación, mirando hacia el exterior. El lapin entonces se acerca hacia una ventana que tenía una vista hacia las cuatro torres—. No, parece que no estamos buscando como debe ser —comenta neutralmente.

Alejandro ya se imaginaba por qué había dicho eso, ya que solo le bastó con ver por la misma ventana para entenderlo: El osario en agua seguía ahí. Era como si no hubiesen bajado un solo nivel. El joven estudiante dejó salir un sonoro gemido de frustración; sin embargo, no estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente, así que cerró los ojos mientras ponía una expresión seria para concentrarse.

—¿Y qué tal si la clave está entre esos huesos? —intenta.

—Podría ser —responde Archibald, su mirada fija en la macabra vista.

Y entonces, ambos lo oyen. Sus miradas se posan en el techo, sobre sus cabezas. Se oyen pisadas, lentas, rítmicas... entonces....

¡¡¡¡¡YIIIAAAAGGHHHH!!!!

Un grito que hace saltar a Alejandro, su corazón le palpita intensamente, mientras permanece ahora en el suelo al que había caído del sobresalto. Archibald, por otro lado, había sacado sus temibles anillos filosos para devastar el techo, con su rostro inexpresivo, haciéndolos girar a gran velocidad como si fueran algún tipo de taladro. Madera y polvo llovieron donde él corta y, de pronto, cae algo pequeño.

TAP TAP TAP TAP TAP TAP tap tap tap tap

El sonido de pisadas alejándose rápidamente, los distrae de la pequeña forma, llamando su atención hacia el agujero en el techo, pero no alcanzan a ver lo que las produjo. Tanto Alejandro como Archibald permanecen en silencio por un momento, el primero aún tirado en el piso, paralizado y conteniendo la respiración; el segundo, sujetando sus enormes armas con esos apéndices rojizos que brotan de sus dedos y que llama extensiones de su alma, notoriamente listo para una pelea. Ambos permanecen así, mirando el agujero por un rato, hasta que...

—Lo abrió... lo abrió... esa... esa cosa... lo abrió como a una fruta... —una nerviosa voz femenina llegaba a sus oídos. Entre los escombros del techo había una pequeña criatura. A primera vista, podías decir que es un ave, apenas más grande que una paloma pero que ostentaba unas llamativas plumas de colores azules y anaranjados, además de tener un largo y fino pico y alas diminutas. Era como el colibrí más grande y colorido que haya visto en su vida. Aunque había algo en sus pequeños ojos oscuros que hacía pensar en pánico.

—Esa debe ser una estirge. Vaya, no creo que sea el momento para una foto —piensa el joven estudiante, mientras se pone de pie, obnubilado por la belleza de la temblorosa criatura.

—Oye, ya pasó, ¿te encuentras bien? —pregunta Archibald en un tono tranquilizador, desapareciendo tras de sí sus peligrosos anillos. La pajarita, quien estaba acurrucada en el suelo, reacciona; sus ojos húmedos se posan sobre los mucho más altos individuos que la rodean, mirándolos, sorprendida, como si jamás antes hubiese visto seres similares —Por lo que sé, probablemente ése sea el caso —piensa Alejandro.

—¿Q-Qué son ustedes? —pregunta ella, poniéndose de pie en un rápido movimiento que podría decirse «un salto», mirándolos con desconfianza. Ahora que estaba en una postura más erguida, se podía notar que tenía una pequeña gema en el cuello, que brillaba cada vez que se le oía decir palabras, por más que no abriera el pico del todo.

—Me parece que está bastante bien. ¿No cree, Sr. Maxi? —dice el conejo, dirigiéndole una mirada divertida a su compañero.

—Eso parece, Sr. Archi —responde el aludido. Ambos proceden a presentarse con sus nombres y especies, a la vez que le señalan a la estirge que no tienen nada contra ella y solo están de camino al planeta de los conejos. Ella parece relajarse un poco, al notar que sus nuevos compañeros no tienen intenciones hostiles.

—Ya veo... bueno, gracias por su oportuna acción. Mi nombre es Flavy. Soy una estirge y les agradecería bastante que me ayudaran a salir de esta trampa mortal —todo rastro del miedo que la dominó hace poco se había esfumado, sus palabras sonaban tranquilas y, extrañamente, alturadas para ser alguien tan pequeña.

—Bueno, como ye te dijimos, estamos perdidos. Espero que tengas una mejor idea de cómo salir de aquí —dice Alejandro, cruzándose de brazos. Flavy levanta el vuelo, manteniéndose suspendida en un punto al agitar sus alas a gran velocidad, tal como un colibrí, poniéndose a una altura desde la que ahora los miraba hacia abajo, aunque cuidando de no seguir debajo del agujero en el techo.

—Descuiden que yo sé cómo, pero no va a ser fácil

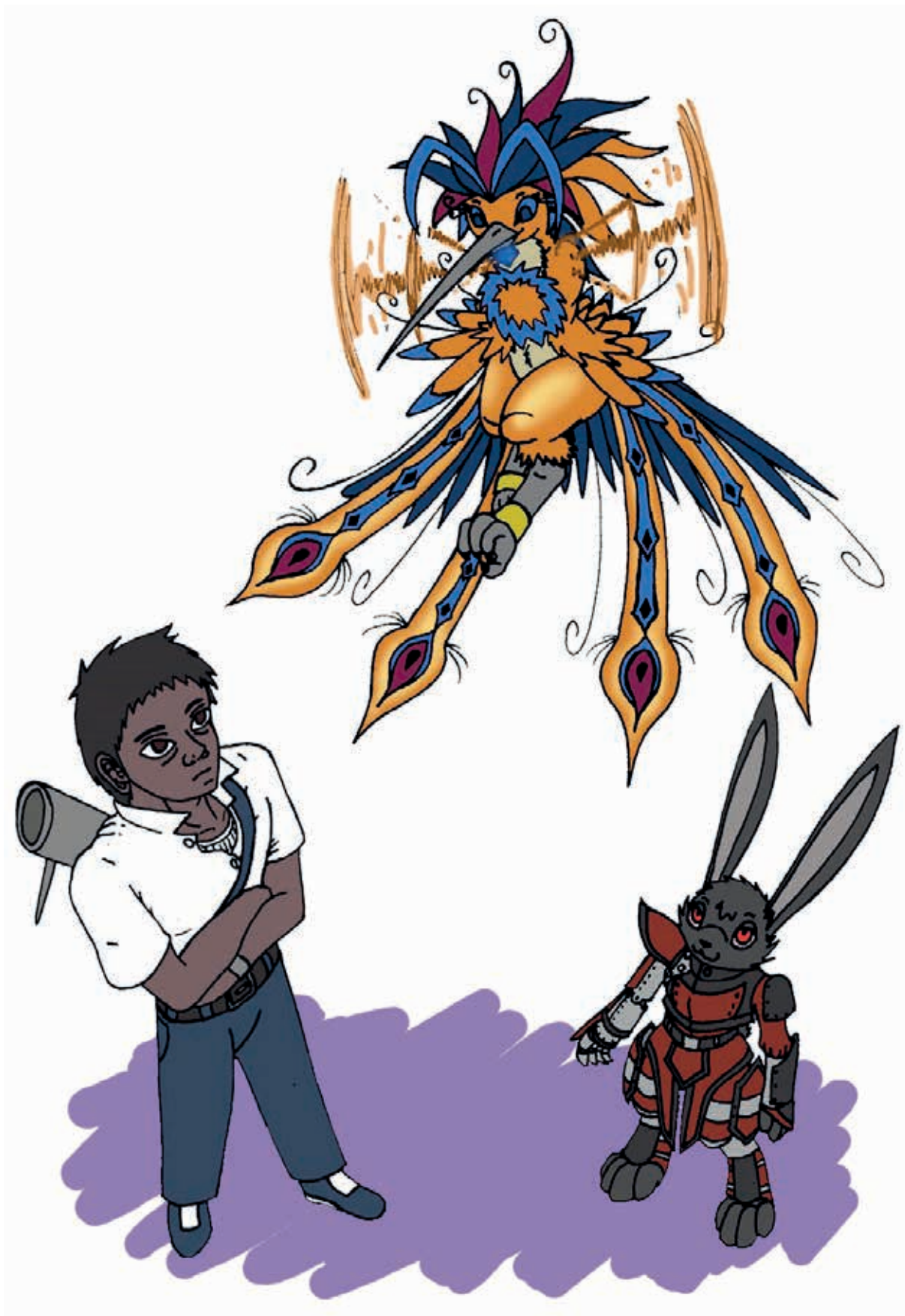
—¿Cuándo algo lo es? —piensa Alejandro, ante las graves palabras de la estirge. Ella misma no parecía muy animada.

—Miren... todo lo que tenemos que hacer es bajar quince niveles sin detenernos —ambos se mantienen en silencio, Alejandro con una cara grave, listo para oír la complicación; mientras que Archibald se mostraba interesado, hasta excitado ante la posibilidad—. ¿Ninguno dirá algo como «eso no suena difícil» o, al menos, por qué tenemos que hacer algo tan absurdo? —parecía decepcionada. Tras soltar un suspiro y al notar que ellos ya tienen una idea de lo que ella está por decir, les explica que la criatura que merodea en estas ruinas comenzará a seguirlos en algún momento, y con cada nivel su acoso será peor.

Cuando le preguntan cómo sabía que eso funcionaría, ella les dice que no lo sabe, pero era lo que ella y sus pretendientes estaban tratando de hacer ante la desesperación de no poder encontrar una salida; antes de que la abominación comenzara a capturar y matar brutalmente a todos sus pretendientes. —Esos idiotas murieron de formas espantosas —comenta ella con cólera y pánico, mientras los otros dos la miran en silencio: Archibald, inexpresivamente; Alejandro, horrorizado. Ella les contó el horror de esa persecución sin que ellos se lo pidieran, temblando a pesar de sí misma. Pese a lo traumático de los eventos, la pequeña ave parecía más enojada que triste por la pérdida de sus siete pretendientes.

—Eran los mejores que pude encontrar. ¿Tienen idea de cuánto me tomará encontrar unos así de buenos o incluso mejores? —había terminado de decir Flavy en un tono fastidiado.

—No puedo creer que sea eso lo que le molesta —piensa el estudiante; pero decidió no decir nada, quizás no era el momento pues ella igual había visto cosas horribles y quizás está hablando bajo los efectos del shock.



A falta de otras alternativas, los tres se encaminaron a las escaleras y comenzaron con el descenso. A diferencia de la primera vez que intentaron bajar a los siguientes niveles, lo cual fue bastante monótono, esta vez, tenían a un ser parecido a una combinación entre colibrí y pavo real que no dejaba de hablar.

—... Y entonces, esa maldita vino y me dijo mentirosa. ¡Mentirosa! ¡A mí! Yo nunca mentiría sobre algo como eso —dice ella completamente indignada, aparentemente ajena a la horrible situación en la que se encontraban.

—Cinco niveles seguidos y no para —piensa Alejandro, apretando los dientes sin darse cuenta.

—No tengo forma de saber eso, flaquita —contesta tranquilamente Archibald, sin ni siquiera dirigirle la mirada; si estaba comenzando a impacientarse, no había forma de notarlo.

—Y este pendejo le ha seguido el juego todo el rato —piensa el joven humano, mirando con una combinación de fastidio e incredulidad al conejo negro.

—¡Pri! ¡Es mi honor del que estamos hablando! —seguía diciendo Flavy, con indignación—. No dejaré que una... —y se corta de pronto. Las orejas del lapin se mueven como si captaran algo. Alejandro se queda quieto ante las reacciones de ambos. Era obvio que malas noticias venían de pronto.

—¡No se detengan y sigan hacia adelante! —exclama la pequeña estirge y acelera en el vuelo. Los otros dos no tardan en alcanzarla tras acelerar también. Pasa un rato antes de que el joven se dé cuenta de por qué estaban corriendo. No es que los otros hubiesen oído pisadas o visto algo, sino que de pronto, el silencio que los envolvía se había vuelto particularmente opresivo, al punto que se podía oír el batir de alas de Flavy o los leves sonidos mecánicos del brazo de Archibald, y eso no podía ser normal.

Llegaron al siguiente nivel tras descender unas escaleras y, esta vez, algo había cambiado.

—Esto... ¿esto es una plaza? —pregunta Alejandro, incrédulo; pero sin detenerse, esa era pues la condición para escapar de este lugar.

—Así que esto es lo que pasa cuando te das cuenta de cómo huir. El Olvidado modifica el entorno para sembrar la desesperación —dice Archibald fríamente. Flavy pregunta qué es un Olvidado y tras habérselo explicado dice:

—¡Así que eso estamos enfrentando aquí! Ya veo... uno de mis pretendientes estaba en lo cierto entonces.

Atraviesan la plaza hacia las escaleras que los conducirían al siguiente nivel, solo para toparse con una pared. Mientras buscaban las escaleras, y por la curiosidad de Alejandro, ella les contó la razón por la que estaba aquí en primer lugar. Había venido a estas ruinas en compañía de sus pretendientes, porque uno de ellos había prometido conseguirle un antiguo artefacto de gran poder tras una aventura emocionante. Obviamente, esa tenía que ser la idea más impráctica y tonta de la vida, pero, en palabras de Flavy: «¿A qué chica no le gusta eso?». El estudiante pensó en cómo ninguna de sus amigas y conocidas haría algo parecido. Por otro lado, él estaba comenzando a creer que las palabras del Sr. Archi eran ciertas: —Estas estirges realmente parecen una burla —se dice.

Para cuando encontraron las escaleras hacia el siguiente nivel, luego de dar varias vueltas infructuosas, Flavy todavía seguía contando su historia, de cómo dieron vueltas por todo el recinto sin encontrarse con nada y no se percataron de que algo andaba mal hasta que uno de ellos se dio cuenta de que el sol parecía haberse detenido.

—Incluso, usé mi magia para tratar de escapar pero no sirvió —había dicho ella tristemente.

Cuando llegaron al séptimo nivel, este lucía como los primeros, pero los pasillos conducían a lugares diferentes.

—¿Haces magia? —pregunta Alejandro, de pronto distraído de la realidad ante tan curiosa afirmación.

—¡Pues claro que sí! ¡Nosotras nacemos con poder mágico! —declara la estirge con gran orgullo.

—Había escuchado que las mujeres estirges nacen con magia, pero no sabía si era verdad. ¿Le molestaría darnos una demostración? —dice Archibald mientras descendían al octavo nivel por otro tramo de escaleras.

Este nivel estaba inundado y tenía escalones y pequeños espacios secos por todas partes. Mientras siguen, sin detenerse, en el silencio opresivo, la pequeña estirge decide conceder la petición de Archie. Al instante, varios flujos de agua comienzan a elevarse y juntarse en las patitas de Flavy hasta que forman una gran burbuja que, por alguna razón, le hace pensar a Alejandro en la masa de agua con huesos entre las torres. Aparentemente ese era un truco sencillo. De pronto, el agua estalla en llamas y se convierte en una bola de fuego que se divide en otras más pequeñas que comienzan a dar vueltas alrededor de la colibrí. Alejandro está impresionado y no duda en dar algunos aplausos.

—¡Increíble! —piensa—. Esto casi hace que haya valido la pena escucharla por tanto rato.

Llegaron al noveno nivel. Solo faltaban solo seis más. En este nivel había vegetación creciendo en el suelo y agua goteando del nivel superior; pero en general se veía como los primeros niveles.

Tap tap tap

Y entonces, comienzan a oírlo. Los ojos de Flavy se abren de par en par antes de abalanzarse hacia adelante en una carrera alocada. El estudiante y el guerrero corren tras ella gritando que se detenga, pero la estirge no parece escucharlos. Solo logran alcanzarla cuando se topan con un callejón sin salida, pero aun así, no se detiene; la desesperación se ha apoderado de ella y mientras ella vuela ciegamente, en busca de la salida, los otros dos no pueden hacer más que seguirla, no solo porque no les queda de otra, sino porque, tras dirigirse una mirada, se dieron cuenta de que ninguno estaba dispuesto a dejarla a su suerte.

Llegan al décimo nivel, un campo inundado también pero con mucha más vegetación y montones de columnas. El agua les complica el avance a los que deben correr, chapoteando desordenadamente mientras tratan de mantener el ritmo de la cada vez más cardiaca estirge. La situación es tan mala que Archibald termina trepándose sobre Alejandro, y ahora el muchacho debe cargar con el pequeño guerrero en su espalda mientras grita a Flavy que baje la velocidad o haga algo con su magia, pero las pisadas del Olvidado se oyen con más fuerza. —Está detrás de mí —es todo lo que puede pensar Alejandro mientras acelera el paso.

—No está detrás de nosotros... eso o es invisible... —comenta Archibald desde el hombro del estudiante—. Este Olvidado solo nos está atormentando y seguro que pronto hará una apari... —se corta.

—¿Sr. Archi? —pregunta el cada más nervioso Alejandro, haciendo su mayor esfuerzo por alcanzar a Flavy.

—No es nada, solo me pareció ver algo en una esquina, pero descuida... te tengo cubierto —dice, extrayendo sus armas desde atrás suyo.

Para cuando llegan a las escaleras que dan al onceavo nivel, se dan con que todo está inundado. Ver el camino interrumpido por el agua, detuvo a Flavy lo suficiente como para que Alejandro la pueda alcanzar. Sin que ninguno pueda decir algo más, la visiblemente histérica ave crea una burbuja alrededor de cada uno de ellos y se sumerge en el agua. —Esto es espantoso —se dice el estudiante mientras se adentra en las profundidades—. Yo soy un pésimo nadador —piensa mientras comenzaba a ponerse ansioso.

Afortunadamente, no tenía que nadar. La burbuja a su alrededor no se despegaba del suelo, por lo que solo tuvo que correr pero aun así sentía la resistencia del agua a su avance. Y entonces...

¡¡GRAAAHHH!!



Un rugido hace que se sobresalte. Lo último que sabe es que está corriendo, siguiendo a Flavy y a Archibald, quien se ha bajado de su espalda y ahora corre adelante suyo en su propia burbuja. Alejandro corre con todas sus fuerzas, doblando esquinas y sorteando ramas y otros obstáculos; temblando a pesar de sí mismo con los dientes apretados, el corazón latándole cada vez más fuerte. Podía sentir una presencia detrás de él, agua en movimiento detrás de él; no se atreve a mirar.

Llegan al doceavo nivel, inundado como el anterior pero más tupido en comparación. Las raíces de lo que sea que llegue a este punto comienzan a impedir el paso del sol y se pueden ver imágenes extrañas talladas en las paredes y el suelo. Figuras de una criatura extraña y difícil de describir. Alejandro apenas las registra, así de desesperada es su carrera, mientras los horribles rugidos aumentan en intensidad. En ese momento, escucha a Flavy gemir con desesperación y articular algunas palabras como «lo siento» o «déjanos ir». Archibald está alerta pero en ningún momento suelta un ataque contra algo, sus anillos filosos daban vueltas por encima de su cabeza, como orbitando a la espera de un objetivo. Alejandro había sacado el arma que le había dado el conejo cuando se conocieron, la sencilla arma de fuego, dispuesto a meterle un tiro a lo que sea que los esté siguiendo, pero seguía asustado pues no sabía si podría soportar ver lo que sea que los perseguía.

El decimotercer nivel era aún más oscuro que el anterior, la luz apenas entraba y cada sombra parecía un pozo sin fondo. —Algo nos mira desde las sobras —piensa Alejandro al fijarse en la oscuridad, como temiendo que algo le devuelva la mirada. El nuevo nivel es más laberíntico pero no se atreven a retroceder, por lo que Flavy destruye las paredes de los callejones sin salida con una potente ráfaga de agua.

El cansancio comienza a debilitar al Sr. Archi, la respiración le falta, pero su corazón sigue latiendo con fuerza; la sensación de que su perseguidor está cada más cerca así lo permite. —No te detengas, no te detengas por nada del mundo —se dice, dispuesto a no ceder en su velocidad y cuando pasa por una intersección...

¡¡GAAHHHHH!!!

¡BAM!

De pronto, está en el suelo gateando y luchando por ponerse de pie. —Debo correr. ¡Debo pararme y correr! —se dice mientras, finalmente, retoma el ritmo. Algo había surgido del otro pasillo. Algo había estirado un... un apéndice... tratando de cogerlo por la cara, pero

él había gritado antes de tirarse al suelo con desesperación y se las había arreglado para no detenerse. No se atrevía a mirar atrás, apenas podía ver el filo de uno de los anillos de Archibald doblando el siguiente pasillo.

—¡Espérenme! —grita aterrado, corriendo con todas sus fuerzas para alcanzar a sus compañeros—. ¡Espérenme por favor! —grita aún más fuerte, ignorando que en el agua el sonido no se propaga igual y menos desde el interior de una burbuja. Los vio llegar a las escaleras del siguiente nivel, antes de él mismo alcanzarlas, mientras la presencia opresiva de su perseguidor se hacía más intensa ahora.

Catorceavo nivel. La oscuridad es casi total, la luz del atardecer apenas permitía diferenciar algo en la senda oscura e inundada. La oscuridad, como el silencio, eran opresivos; por lo que el esfuerzo de Alejandro por alcanzar a sus compañeros se hizo el doble. Gritando aun con desesperación, mientras avanzaba dando tumbos en la oscuridad, sintiendo que su persecutor lo alcanzaría en cualquier momento. Percibe cómo se le salen las lágrimas, cómo le cuesta más respirar y hablar. Puede sentir al Olvidado mirándolo desde cada rincón oscuro, cada cosa con la que choca lo hace saltar y acelerar más en su carrera por alcanzar a sus compañeros. —Esto no es justo... esto... esto es una mierda... —piensa y sigue maldiciendo su suerte mientras avanza patéticamente, sin aliento, hasta llegar a las últimas escaleras.

Quinceavo nivel. Extrañamente, la oscuridad no es tan absoluta aquí como en el nivel anterior.

—¡La salida! ¡O por La Gran Unificadora, la bendita salida! —exclama Flavy como una loca, volando a toda velocidad a través del amplio espacio al que acaban de llegar y en cuyo final se puede ver una puerta de madera algo pequeña. —¡La salida... oh Dios santo, que sea la salida, por favor! —se dice a sí mismo el joven al ver a la pequeña figura de Flavy volar a toda velocidad hacia la puerta.

—¡Pues mira tú, que hemos tenido suerte, Sr. Maxi! —escucha decir a Archibald riendo de buen humor.

—E-so parece, Sr. Archi... —llega a decir él, débilmente. La vista reconfortante de estar ya al final de esta endemoniada persecución lo llena de alivio y le da fuerzas para seguir corriendo. —Pronto seré libre... pronto seré... —es en ese momento que algo envuelve la burbuja en que se encuentra y tira de él hacia atrás.

Todo ocurre en un instante. Puede ver cómo la puerta se abre e inunda el espacio de luz, cómo esa vista tan hermosa se aleja de él como en cámara lenta mientras es arrastrado hacia la oscuridad. Un endemoniado rugido lo ensordece. —Estaba tan cerca... —piensa él, viendo las espaldas de sus compañeros desaparecer en la luz... y entonces...

—Dame... vida... — oye decir a una voz, y lo siguiente que sabe es que se encuentra en el suelo, la burbuja que lo envolvía ha desaparecido y extraños ruidos vienen desde atrás de él. Tendido en el piso como está, no le toma nada a Alejandro ver lo que se alza detrás suyo. Una visiblemente orgánica, viviente pared negra y cubierta de ojos rojos que cubre todo, de lado a lado, de piso a techo, se yergue a unos centímetros de su cabeza... con lo que se oyen como rugidos amortiguados proviniendo del otro lado... cada rugido marcando el momento en que se forman bultos en la nauseabunda pared, como si *algo* tratara de atravesarla. Alejandro permanece en silencio, sus ojos abiertos de par en par ante la monstruosa masa oscura, de pronto consciente de que todos los ojos están posados en él. —¿Qué... qué es esta cosa? —es lo único que su cansada mente logra preguntar.

¡¡SPLART!!

Antes de ver cómo se forman nuevos bultos en el muro negro y revientan violentamente con un escalofriante estruendo viscoso, húmedo; los ojos del joven humano registran, fugazmente, unas monstruosas y grotescas púas sanguinolientas antes de que se retraigan fugazmente en los agujeros que habían dejado en el muro oscuro. —Eso que colgaba de esas púas eran plumas y tripas —piensa. Escalofríos recorren su espalda y una parálisis se apodera de sus miembros mientras que su mente ahora solo le grita que corriera.

—Corre, corre corre... por lo que más quieras, corre —se dice a sí mismo pero su cuerpo no responde. Su mirada está fija en los agujeros de la pared viviente, atisbando entre las tinieblas infinitamente más malignas que su aberrante protector cubre. Algo sale de ahí, algo viene a él a toda velocidad, algo que no está seguro de cómo describir, solo registra colmillos, enormes colmillos pertenecientes a algo carnoso y cubierto de sangre y plumas, mientras es alejado de la grotesca escena por algo que sujeta y arrastra su piernas, algo que lo lleva hacia la luz.

Apenas es consciente de que cruza un umbral hacia un espacio luminoso y cálido, su mente y mirada se mantienen fijas en la endemoniada escena que ahora transcurre en esa maldita habitación en que casi pierde la vida, viendo cómo el muro se disuelve y toma la forma de una enorme silueta casi humana que se abalanza contra algo abominable, algo con formas agudas que no parecen tener sentido alguno. Ambos entes se lanzan golpes que se sienten poderosos y devastadores, lanzando rugidos, lamentos y llantos. La silueta es atravesada por lo que parecen miles de cuchillas, antes de que la infame puerta se cierre y todo se vuelva blanco y luego negro.

—Oscuridad —oye decir a su propia voz letárgicamente—. No... no más oscuridad... ¡No más! —comienza a gritar desesperadamente, al tiempo que ve a esos viles colmillos sanguinolentos aparecer frente a él—. ¡NOOO!

—¡¡¡NOOOO!!! ¡¡AHHHH!! —Alejandro lucha agitadamente por su vida.

—Sr. Maxi, tranquilícese, ya terminó —una calmada voz masculina llega a sus oídos.

—Sí, por favor, cálmate —dice una voz femenina y preocupada.

Alejandro detiene su griterío histérico, consciente de que ahora está en lo que parece ser una playa. El sonido de las olas, la sensación de estar arrodillado sobre arena, el cielo azul sin techo; todo indica que es verdad y que se encuentra en una playa. De pronto, lo invade cierta debilidad y se deja caer de espaldas sobre la arena tibia, y se queda ahí, respirando apresuradamente, tratando de recuperar el aliento.

—¿Se acabó? —es todo lo que pregunta al conejo negro que tiene cerca, quien le muestra una de sus infames sonrisas colmilludas antes de decirle que todo estaba bien, que todo había terminado, en el mismo tono en que un padre le dice a un niño que los monstruos no existen.

Una vez los tres se hubieran recuperado de todo, Alejandro preguntó por lo que había ocurrido, pues él recordaba haber sido capturado por el Olvidado antes de que algo lo rescatara. Según Archibald, Flavy estaba tan absorta en escapar que simplemente huyó y los dejó atrás, a lo que la estirge solo le dirigió una expresión fastidiada y agregó un muy poco sincero «lo siento». El conejo luego explicó que se dio cuenta de que Alejandro había quedado atrás y quiso asegurarse de que estaba bien, aún le debía sus conocimientos después de todo, pero, cuando se dio la vuelta, lo vio tendido en el suelo de su burbuja y, detrás de él, pudo ver al mismo daemon por el que se conocieron enfrentándose a algo. Así es, el mismo espíritu que hace poco había tratado de robarse su vida ahora acababa de salvarlo.

—¡No puede ser! ¡Tú lo mataste! —exclama Alejandro, acusadoramente al lapin.

—Estoy tan sorprendido como tú, pero supongo que debe ser tu culpa —dice sin el menor ápice de vergüenza.

—¿Mi culpa?! —exclama el estudiante, furioso de pronto con el pequeño guerrero. ¿Cómo podía ser su culpa? ¡Él mismo había deseado que la criatura fuera vencida!

—Así es, probablemente una parte de ti no quería matarlo, así que mi ataque no lo terminó. Eso o esa cosa consiguió suficiente vida tuya como para sobrevivir a nuestro ataque —explica Archibald razonablemente.

—Fantástico, entonces ahora me sigue persiguiendo esa cosa. Agh... qué horror de viaje mágico está siendo este —se lamenta el joven, llevándose las manos a la cara.

—Hey, no lo tomes tan mal, al menos estás vivo gracias a ese espíritu. Quién sabe, quizás puedas domarlo algún día —dice de pronto Flavy, sonando curiosamente amable—. Aunque no me sorprendería que no puedas, siendo varón y todo —dice luego en un tono socarrón.

—¿Y eso de qué viene? Ah... claro, solo las mujeres de su raza pueden hacer magia —piensa Alejandro, no sin antes dirigirle una mirada fría.

—Quien sabe... quizá sí se pueda —comenta Archibald en un tono intrigado—. Pero bueno, ya hemos perdido demasiado tiempo y tenemos que recuperar el tiempo perdido, Sr. Maxi —agrega alegremente, comenzando a andar por la playa.

—Es usted incansable, Sr. Archi, pero supongo que tiene razón —dice él, avanzando tras el conejo, aunque más de fuerza que de ganas y dispuesto a olvidarse tan pronto como pueda de su última experiencia.

—Oigan, ¿ninguno de ustedes me ayudará a volver a casa? ¡No sé dónde estamos! —dice Flavy tras ellos.

Estaban en Onírca y Flavy era perfectamente capaz de volver a casa por su cuenta, pero la molesta estirge no estaba dispuesta a enfrentarse a los daemones ella sola, por más que no quisiera admitirlo; al menos, no con el trauma tan fresco de su último encuentro con uno. Así que, a cambio de colaborar con conocimientos de su propio mundo, ella se une al Sr. Archi y al Sr. Maxi en su viaje a las tierras de los lapin. Más por petición suya y para la exasperación de Alejandro, se comenzarían a referir a ella como Milady, aunque él mismo la llamaría Urraca, de vez en cuando, solo por molestar.

Y siguiéndolos a la distancia, iba el espíritu repitiendo esa frase suya:

—Dame vida...

¿Acaso algo lo detendría alguna vez?



¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



Estudio iotopia
Soluciones de Diseño Web, Multimedia, Asesoría y más...

- Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.
- Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.
- CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.
- Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.
- Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.
- Asesoría en redes sociales.
- Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.
- Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.
- Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.
- Mantenimiento de computadoras y redes.
Recuperación y respaldo de datos.

Skype: estudio.iotopia

w: <http://iotopia.net>

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

@: estudio@iotopia.net

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

El hombre sin suerte

Por: Rodrigo Barraza





Cuando Fortunio arribó al borde del acantilado, supo que no había retorno. Más aún cuando se lanzó y su cuerpo era una masa informe en medio de aquel abismo plagado de filosas piedras. Su sensibilidad hizo que cada parte de su organismo sintiera cada hincón y raspón de aquella geografía tan caprichosa y accidentada. Mientras se hería y caía vertiginosamente, la memoria pareció alcanzar un brillo inesperado, como nunca antes. Entonces surgieron sus recuerdos, sus miedos, sus decepciones, su extraña existencia desde que vino a este mundo y que lo impulsó a tal decisión...

Cómo olvidar aquel insólito día, si mamá Domitila me lo contó con tanto detalle; aquella vez ella no sintió muchos dolores sino que le vino una enorme sensación de goce cuando me expulsó de su matriz. Curiosamente, no sangró mucho y pudo sentarse con normalidad. Lo primero que observaron los obstetras fueron mis pies y cuando me cortaron el cordón umbilical, y sobre todo, cuando me dieron la habitual palmadita, no expresé el menor lamento ni lloriqué.

—Felicidades, señora Ventura Ramírez, es un robusto y bello niño —dijo uno de los galenos.

Mi madre asintió y extendió los brazos para sostenerme, a mí, a su tan añorado retoño, luego de haber pasado los cincuenta. En ese momento sintió una punzada en el pecho y afirmó con decisión: —Se llamará Fortunio Fortunato, porque su vida estará llena de mucha suerte.

Oh, mi padre Luis se regocijó tanto que sacó unos tragos reservados solo para ocasiones especiales y los convidó a los que nos intervinieron, con la promesa de invitarlos a mi bautizo.

Pasaron los días de convalecencia y cuando salía del nosocomio, mamá Domitila se encontró un billete de cien soles. —Hoy es mi día de suerte —pensó. Estaba en lo cierto pues, a los cinco minutos, le comunicaron que por ser el parto número cien no se le cobrarían los servicios ni las atenciones. ¡Qué dicha!

Más adelante, un cura de mirada lujuriosa me ungió en la pila sacramental y adquirí el nombre de Fortunio Fortunato Díaz de Ventura y efectivamente, el azar se encargó de socorrerme. No me puedo quejar, pero ¿por qué me sucedió aquello? Ojalá no le pase a otra persona, no se lo desearía ni a un enemigo, ¿será una desgracia?

Hilillos circundaban el cuerpo de Fortunio mientras se golpeaba con piedras, con la muerte que lo acechaba tranquilamente, como observando un peculiar espectáculo. Mientras tragaba un poco de tierra se inquirió: —¿cuándo llegaré al final, a la superficie? —pero su pensamiento parecía haberse independizado de él, hasta que un impulso por sobrevivir hizo que se sujetara de algo y, de repente, todo se detuvo, el tiempo, su vida, hasta sus pulsaciones se hicieron más lentas. Sintió un airecillo fresco en el semblante e intentó gritar pero, ¿a quién se le ocurriría pasar por ahí, por un lugar tan peligroso, a esa altura? ¡Solo a mí! Pero... ¿Por qué habré cometido semejante imprudencia?, ¿hay alguien allí...? ¡Ayudaaaaaaaaa!

Mi infancia también estuvo llena de alegría, no lloraba mucho y si necesitaba algo, simplemente aparecía ahí, como si mis pensamientos trajeran al instante todos mis caprichos. Recuerdo cómo deseé recuperar mi vieja pelota de colores cuando se reventó al impactar con un auto y aún veo el cuerpo del conductor incrustado entre esos árboles. Cuando las lágrimas se asomaban, trémulas, un balón rojo llegó a mis pies. Era nuevo. Nadie reclamó ni llamó a la casa para preguntar.

En el colegio, la suerte también me acompañó. Cuando al profesor Méndez se le ocurría molestar, llamaba al azar. Para humillarnos, para expulsar sus traumas. Por suerte, nunca me tocó, pues cuando ya veía mi apellido, sonaba el silbato de recreo o de salida.

—Ventura, ya te tocará la siguiente...

Lástima que a Dolores no le fue muy bien, ya que por los nervios salió con el cierre abierto y fue bombardeado con cinco preguntas sumamente memorísticas sobre la historia de los mayas que nunca se había explicado en clase y solo miró su pésimo calificativo. Zúñiga respondió solo dos, viendo con emoción su diez estampado con tinta líquida. Y Ramírez, que triste. Por desgracia se le ocurrió contestarle y justo cuando estaba más colérico.

—No sé, viejo estúpido...

La ira se reflejó en el rostro de Méndez, no parecía humano, sino un demonio salido de las profundidades del averno.

—Lárguese del salón, respondió una voz imponente.

En unos instantes, se acercó como una ráfaga y levantó al estudiante de su pupitre y lo despidió del aula a empujones. Luego supimos que el pobre chico fue sancionado con la severidad que imponía la influencia del profesor en estos casos.

A los pocos días, nuestro amigo Ramírez fue expulsado por desobediencia y por actitud matonesca.

Pero la escena más memorable, fue aquel logro: poseer a Mirla, la chica más deseada del colegio. Tenía un lindo rostro y era esbelta. También era alta. Estaba en mi salón y tenía una relación con el brigadier general. Casi nunca hablamos, solo la veía y contemplaba desde lejos con muchas ganas de besarla, de abrazarla y de pasar una noche junto a ella. Recuerdo que durante el aniversario del colegio, cuando me disponía a retirarme con Pepe y Mañu, la vi sentada en una esquina, cerca del patio. Fue entonces que arriesgué todo y dejé mis temores de lado. No me acobardé y me lancé con todo:

—¿Estás bien?

—Mírame y dime cómo me encuentro...

—Lo siento, qué pasó...

—¿No eres Díaz de Ventura, el que siempre se salva de Méndez?

Curiosamente, me contó tantas cosas como si fuéramos los mejores amigos. Algo muy extraño, para variar en mi exótica existencia. Supe que había discutido con Bernardo porque la plantó y no la trataba como antes. Era obvio que tenía a otra. Además, vi en su cuello, un pequeño moretón. Mientras me limpiaba el rostro por el polvo, se reclinó en mi hombro.

—Sé que te gusto, se te nota. Hoy también me gustas, no sé por qué. Deseo darle una lección a ese imbécil que se burló de mí. Sabes, mis padres viajaron ayer y regresarán dentro de dos días. Quisiera estar contigo, hoy, me siento tan sola...

Parecía tener la fuerza suficiente como para sostenerse en vilo. Sus gritos se apagaron en la soledad del lugar y, de pronto, escuchó que alguien se acercaba y lo miraba con asombro. ¿Acaso era una ilusión, una treta de la muerte?

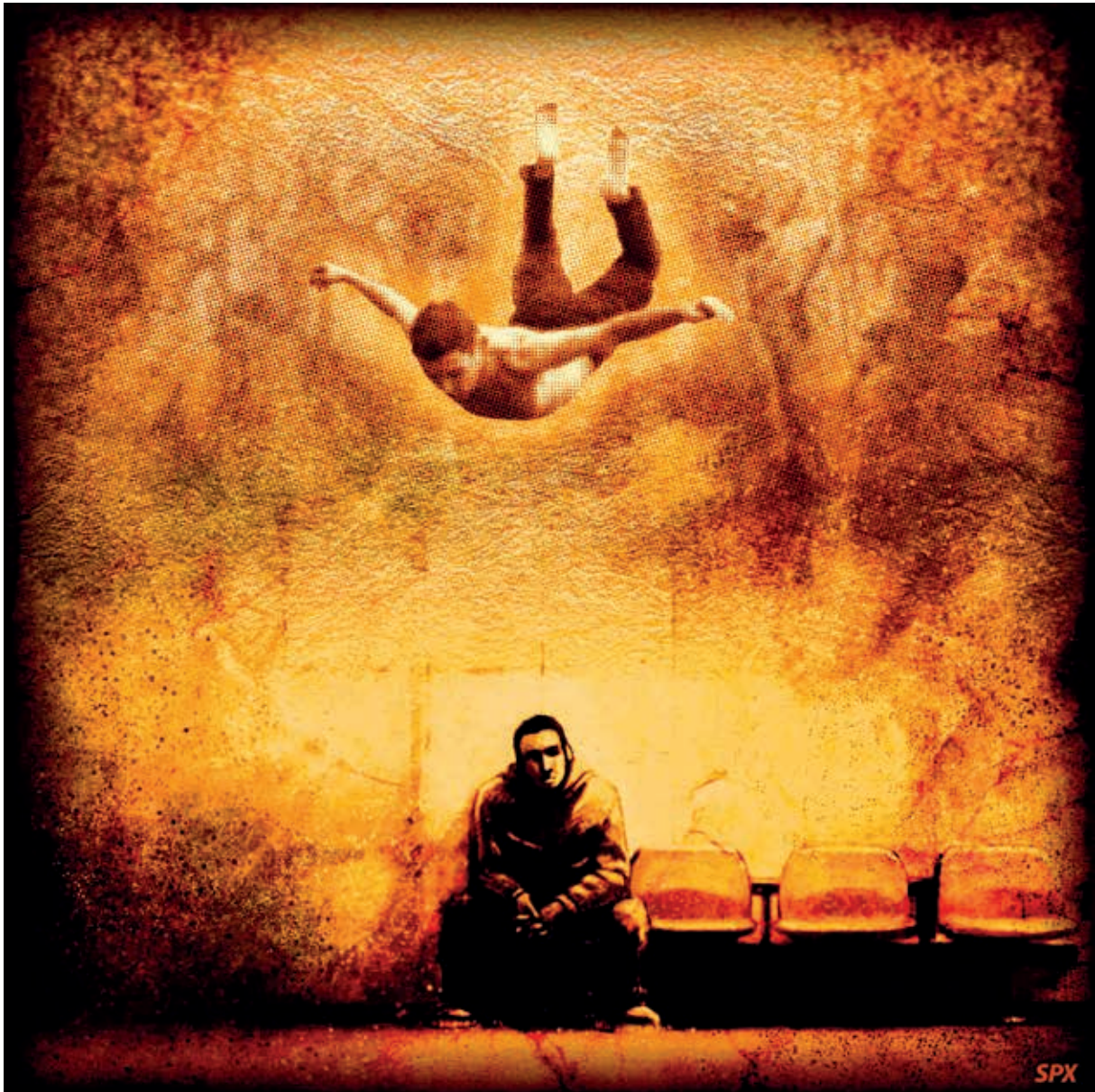
—¿Qué le sucedió? ¿Cómo llegó allí? Espere, buscaré apoyo, mantenga la calma, por favor.

Cuando estaba a punto de zafarse y seguir con su precipitación, escuchó más voces. Recuperó las fuerzas y se aferró con mayor decisión.

—Pobrecito, hay que lanzarle la soga, o sino bájate para cargarlo, qué tal si bajamos... ¿Sigue aún con vida? Responda...

¿Hasta cuándo soportaré esto? Siento desvanecerme. Ya sáquenme de aquí; creo que la suerte se fue por fin y ahora soy un tipo común, como todos, con tragedias, con aciertos y desaciertos. Qué alivio. Ahora tendré una nueva vida...

El picotazo lo devolvió a la realidad, sacándolo de sus pensamientos y lo hizo desprenderse de la rama que sobresalía del nido. Un pequeño nido en medio de esa desolación. ¡Qué extraño! Los pichones hacían mucha bulla. Lástima que solo sean alucinaciones, producto de la zozobra. Ahora la caída era más violenta, más destructiva, más ensordecidora, más letal, ¿más afortunada? El choque con aquella filosa piedra lo perturbó, dejando tenues ríos de sangre en torno a su cabeza, mientras seguía cayendo al vacío. Era como una boca insaciable, como un fondo inconmensurable, infinito...



Gracias al azar también me llegó dinero de una manera inexplicable. Una vez que tenía mucha hambre y me hallaba sin un centavo, de repente caminé hasta una esquina y cuando miré en el suelo, contemplé un billete con una suma enorme. En otra ocasión, mientras avanzaba presuroso a mis clases, topé con un señor medio pelón quién me insultó por descuidado y desapareció con rapidez. A mis pies había una gorda billetera. ¿Eso es tener suerte, no? Aunque siempre tuve dinero y también gocé a mis anchas no solo con las chicas de mi colegio, sino con mis vecinas y otras mujeres anónimas. Mi vanidad, junto con mi avaricia tan creciente e interminable, me impulsaban a querer más, al deseo de probar mayor suerte con el horóscopo. Decía que para el martes, mi número favorable sería el diez. Puse muchísimo empeño en hacer caso a tal vaticinio. Total, la fortuna siempre estaría conmigo.

Cuando llegó ese día, salí a las diez de la mañana de casa y esperé en el paradero número diez durante diez minutos a la línea diez y llegué al hipódromo. Aposté diez billetes de cien al caballo número diez y se realizó la carrera. Estaba tan confiado que me burlaba de los otros apostadores. Cuando anunciaron los resultados, me quedé anonadado: mi caballo quedó en décimo lugar.

Ahí fue que empecé a preocuparme, quizá la prosperidad se había ido de mi vida, para siempre. Luego sentí mucha alegría, pues iba a ser como el resto. Mientras salía del lugar, un señor se me acercó y me dijo: disculpe, se olvidó cobrar el premio mayor de la carrera de

la semana pasada, que consistía en diez mil soles. Era la primera vez que iba a ese sitio pero el tipo insistió muchísimo. Dijo que habían venido tantos sujetos parecidos a mí a cobrar el premio, mas su política de trabajo y honestidad sabían que eso me correspondía.

—¿Cuál es su nombre, caballero?

—Fortunio.

—Felicidades...

—Gracias...

Quizá la emoción del buen tipo no le hizo notar la arremetida de la camioneta azul que pasó cerca de mí y que finalmente lo arrastró muchos metros. Si no hubiera sido por el árbol, estaría muerto. Toda la calle era un reguero de sangre.

Por fin todo terminó. Su cuerpo era un despojo humano, lleno de heridas, de manchas sanguinolentas y de suciedad, tierra y piedrecillas entre sus harapos. ¿Respiraba aún? ¿Estaría soñando? ¿Serían alucinaciones? Algunos que estaban bañándose en el mar corrieron a mirar al sujeto caído del cielo, de la nada, que reposaba en aquella reducida orilla, como durmiendo apaciblemente.

—Mira cómo está...

—Parece que lo empujaron.

—O tal vez se resbaló.

—¡Suicida!

—¡Guardacostas!

—Tómenle el pulso...

—Son dos cuerpos...

Así que me di cuenta de que algo malo sucedía. En realidad, mi suerte estaba ligada a la desdicha de los que me rodeaban. El cáncer terminal que diagnosticaron a mi madre, pasado un año de mi nacimiento, el incomprendible asesinato de mi padre por esos asaltantes, el primer accidente automovilístico que presencié, la extraña enfermedad de Mirla que contrajo meses después de estar conmigo, dejándola con el rostro desfigurado, el atropello del señor del hipódromo... ¿Por qué a mí? ¿Qué significa esto, por Dios? ¿Es un don, un regalo o una maldición? No quiero lastimar a nadie, aunque sé que no es mi culpa directamente, pero ver eso, sentirlo, vivirlo... ahora parece que esas tragedias cobran vida y tienen forma propia. Ahora se han compuesto en algo más homogéneo que se me acerca, me acecha, quiere envolverse en sus fauces espantosas.

Creo que no pedí esto, solo quise ser un hombre tan simple como lo que abundan en este lugar, con alegrías y tristezas, con una existencia tan cotidiana que nadie se dé cuenta de mi presencia pero, ¿qué puedo hacer ahora? Si continúo con esta racha, todo generará más infortunios y quizá más gente sufra, no puedo permitirlo. Es inútil luchar con esto. Ya no puedo, no siento las fuerzas suficientes como para seguir adelante. Aunque, ¿qué tal si se apagara la luz de mi vida, para siempre? ¿Sufriría alguien por mí?

No lo creo. Por todo ello, la decisión está tomada, ya no importa nada. Prefiero ser yo el que se sacrifique a que otros mueran por mi causa. ¡Adiós!

El paramédico examinó por buen tiempo a Fortunio, teniendo cuidado de no lastimar más todo su cuerpo que parecía molido por el impacto. Se había olvidado del otro. Más curiosos se aprestaron al lugar, provenientes de partes ignotas. Susurraban comentarios moralistas, ofensivos, aleccionadores, como tratando de dar su propia explicación al hecho:

—Miren, está utilizando ese aparato... ¿cómo se llama?

—¡Qué ignorante que eres!

—Creo que se llama estetoscopio.

—Sí, ya recuerdo...

La voz del especialista interrumpió y a la vez silenció las voces. Alguien escuchó «¡silencio!» y todos quedaron sumergidos en un mutismo total. Se levantó con cuidado y observó a todos de manera inquisitiva como diciendo: —¿Qué hacen aquí? ¿Por qué les gusta tanto el chisme?

Contempló al otro cuerpo. Su semblante tradujo su melancolía y frustración.

—¿Está vivo?

—Me temo que no. El impacto fue demasiado repentino y fracturó la cabeza, destruyendo el cuello.

—¿Y el otro tipo, el que cayó del cielo?

—Afortunadamente, sobrevivió.



No cierres los ojos

Por: Angie Vallejo





El cuarto estaba delimitado por cuatro paredes grises. La única luz que había allí era la que palpitaba a través de los barrotes de la pequeña ventana. Ella había tratado de ver el otro lado varias veces, pero nunca era lo mismo: siempre rostros, lugares, gestos, olores... que se le antojaban proféticos. Pero no podía llegar a ellos, no había ninguna puerta. Solo la ventana y sus figuras borrosas. La luminiscencia que de allí goteaba, salpicaba pausadamente el cuerpo de la anciana. Lo hacía de tal forma que sombreaba sus facciones con siniestra precisión. La penumbra que acorralaba sus ojos era especialmente sobrecogedora, pues atenuaba la tortura que bramaba hondo en esos globos enrojados con arterias a punto de estallar.

Ella hacía su mejor esfuerzo. Cuidaba a la doliente con una dedicación absurda y natural. Aún no sabía lo que era el odio, pero aquel vejestorio la hacía enardecer con tan solo emitir el ruido de su propia existencia. No obstante, le brindaba continuas caricias, vaciando toda la voluntad que podía de su cuerpo infantil, con la esperanza de sanar algunos de los fantasmas de la anciana. Por ello siempre, al retirar sus diminutas manos, se esmeraba en cerciorarse de que la aspereza de su interior no hubiera arañado aquellas pestilentes arrugas.

Lo que ella se pasaba haciendo, la mayor parte del tiempo, era contemplar a la anciana. Su rostro, de expresión deformada, tenía tal sonrisa que parecía como si unos dedos invisibles forzaran sus labios a alargarse en un gesto de grotesca satisfacción. El cabello echaba raíces en la almohada, extendido como un mar de hojas secas. El cuello se escondía entre montones de piel acartonada, hasta dar en un pecho cubierto por ropajes mugrientos. De cada hombro le colgaban dos vanguardias marchitas por el peso de miles de confesiones. Un anillo apretaba con fuerza el anular de su mano izquierda. Aquel dedo había muerto hacía mucho tiempo, sin sangre ni libertad, era tan solo una piedra infecta que pesaba a todo el brazo. De la cadera para abajo, una manta lo oscurecía todo. Su figura completa apenas se diferenciaba de la cama misma, era como si estuvieran soldadas la una a la otra.

Los cuidados que debía proporcionarle se enfocaban siempre en acabar con el dolor. Sin embargo, los pesares de la anciana tenían figura de niebla. Ella apenas podía notarlos, entendiendo vagamente su presencia por sus estremecimientos, sus ojos infinitamente rojos y por la piel agobiada sobre sí misma. A través de alimento y afecto fingido, trataba de sanarla, incapaz de hacer nada más.

Cuando ella le daba la comida, se aseguraba de que la anciana estuviera en buen estado. A veces, y cada vez más seguido, a la vieja se le abría un hondo y ancho abismo en el estómago, que suspiraba vapores viscosos. Cuando esto sucedía, ella se agazapaba temblorosa en una esquina y veía, con creciente horror, surgir goteando a la criatura. Era como un pantano hediondo que escurría su fango putrefacto sobre la anciana. Sin sellar jamás sus párpados, la mujer lo miraba con ojos dilatados y vidriosos. No importaba que su cuerpo se estremeciese al ácido contacto del lodo goteante, tampoco importaba que la criatura acercara su rostro de vorágine al suyo, y tratara de ahogarla en su abrazo grumoso. La anciana lo soportaba todo, crujiente, tiesa, agonizante.

Ella mientras tanto esperaba a su manera, vibrando con cada movimiento de la criatura, y apretándose el pecho para que su corazón no huyera en agitada confusión. Una vez que el engendro se marchitaba lentamente hacia dentro del abismo, aquel se cerraba dejando cicatrices de fuego enterradas en toda la anciana. Entonces, ella se le acercaba con un plato de comida, y abría su vieja mandíbula —que rechinaba de oxidación—, para luego verter el pastoso alimento a través de aquella garganta. La mujer no protestaba, se dejaba hacer hasta el final. Estando el plato limpio, encorbaba su espalda con un esfuerzo quebradizo, y arrojaba la comida en medio de estertores como terremotos que rebotaban por toda la habitación. Mientras la anciana vomitaba, ella temblaba, ardiendo por dentro en el hielo y la oscuridad.



Y toda su ira, y todo su miedo, manchaban su cara en forma de lágrimas. Aquello era la rutina. Podría decirse que la mayor parte de las tareas de la pequeña, consistía en limpiar lo que de cadáver iba teniendo la anciana.

A pesar de todo, la anciana era consciente de la presencia de la niña. Sus labios, cuando ella se acercaba, parecían querer decirle algo. La pequeña se consumía en ilusiones de palabras ¿hirientes?, ¿piadosas?, ¿indescifrables?, ¿qué podría salir de su boca? Pensaba en los monstruos que habitaban esa cueva de viscosas paredes. Se preguntaba si sería capaz de arrancarlos de allí, dudaba acerca de si podría hacer algún bien con ello. Sería posible que

sin monstruos ya no hubiera anciana. Pero también era posible que sin monstruos la mujer se recuperara, o empeorara, o se convirtiera en algo más. Le temía, sí, le temía más de lo que quería admitir, pues sospechaba que la enferma era el cuerpo, tal vez la excusa o la morada, de miles de engendros. Tenía la esperanza, y el miedo, de poder oír lo que trataba tan insistentemente de decir la anciana.

Cierta ocasión pudo escucharlo: —No cierres los ojos —murmuraba. Se miraron, pupilas dentro de pupilas. —¡No cierres los ojos! —gritó. En ese momento, la criatura surgió con un brío monstruoso sobre la anciana. Más grande que nunca, cobraba formas aberrantes, mientras chillaba con voz acuosa plegarias de ahorcado. Absorbía a la mujer por momentos y la expulsaba en carne viva. Le crecían entonces hongos y en medio de aquella escena vibrante se veían insectos recorrerla velozmente. Poco a poco se iba pareciendo más y más a la criatura, en medio de parpadeos en que su figura era la de sus azules, de su padre, de su trabajo, de sus negros, sus alegrías, su madre, sus sueños, sus pieles, sus letras, su juventud, su ancianidad, su adultez... y entonces parpadeó su infancia y ella se vio a sí misma en la forma de la anciana, se vio y apretó los ojos hasta hacerse daño, los apretó tratando ahogarlos, sacudiendo la cabeza y esparciendo sus lágrimas como truenos al aire.

A su alrededor todo temblaba, sentía rostros, escenas, lugares, palabras, miradas, abrazos, risas. Pedía ayuda a todos, pero todos la señalaban a ella misma. La señalaban. Se miraba y solo veía un abismo gigante que burbujeaba susurros. Susurros acusadores, susurros burlones; a su alrededor, se dio cuenta, el precipicio lo masticaba todo. Buscó desde el comienzo, en una sala de blancas paredes y mantas verdes, lo buscó y lo encontró. El principio estaba en sus manos, pero aún entonces tenía tallado el foso. Supo que debía ir más allá, pero mirando de cara al germen se dio cuenta de que no era más que un titánico pozo de interminables cuartos cuadrados.

Todavía cerraba los ojos, y cuando los volvió a abrir...

A su lado había una niña de mirada temblorosa que sostenía un plato con algo de comida. Por alguna razón la pequeña le recordaba a sí misma, como si aquel hubiese sido el rostro de su propia infancia. No cierres los ojos, trató de decirle. No cierres los ojos, era lo único que podía decirle. Pero su voz se escondió fuera de los límites de su garganta. Pronto dejó de reconocer las cosas, su memoria buscaba alguna luz a la que aferrarse, mas únicamente encontraba la de la inalcanzable ventana. Inmóvil, sentía una densa corriente que giraba alrededor de ella, rápida y lenta por igual. Entre más giros daba, un abismo crecía más y más en sus adentros... hasta salir y mirarla directo a la cara. Lastimaba más que cualquier infierno. Dolía en pasado, presente y futuro. A través de sus nervios despiertos el sufrimiento gemía, mientras su cuerpo se apagaba por partes, y su consciencia se pudría en eterno.



Los siete mil millones

Por: Luis López Núñez





faltaba muy poco para que oscureciera por completo y Markuz caminaba con su familia y muchas otras familias, en dirección al Monumento del Espíritu Humano, para conmemorar el quinto centenario de El Día de los Siete Mil Millones. Iba de la mano de su bisabuelo y, de tanto en tanto, echaba una mirada furtiva a la bóveda celeste que, desde que abandonaron su casa hacia poco más de una hora, había pasado del azul al rojo y ahora se empezaba a teñir de violeta.

—¡Ya te dije que no mires para arriba en la noche! —le ordenó su bisabuelo, jalándolo del brazo—. Ya sabes que eso no se hace, Markuz.

—Pero todavía no es de noche.

—Ya te he dicho que cuando se oculta el sol, aunque todavía haya luz, ya se considera como si fuera de noche.

—¿Por qué, abuelo?

—Porque del cielo viene el Mal.

—¿Pero por qué? ¿Y por qué cada año venimos aquí? ¿De verdad hace mucho tiempo se murieron muchas personas?

—¿Muchas? —respondió el anciano con sarcasmo—. Eso es poco, Markuz. Se murieron casi todas las personas del mundo.

—¡Quiero saber por qué! —exigió el niño tironeando la mano de su bisabuelo.

El anciano lo miró de soslayo y le sonrió con una pizca de malicia.

—Cuando llegemos al obelisco te contaré toda la historia.

Los ojos de Markuz casi abandonan sus orbitas y una gran sonrisa apareció en su rostro.

Al arribar al zócalo circular, ubicado en medio de una llanura en la que no había alguna otra construcción, avanzaron entre las familias que ya estaban sentadas sobre las losetas de mármol blanco, para tratar de estar lo más cerca posible del rústico y ciclópeo obelisco de cuarzo y piedra ubicado en el centro. El ritual exigía sentarse en el piso, encender un cirio por familia y aguardar en silencio hasta la media noche; aunque lo de «silencio» significaba simplemente hablar por lo bajo y el «aguardar hasta la media noche» no impedía el comer y beber, sobre todo beber. Una vez que la familia de Markuz se posicionó y los adultos comenzaron a beber y los niños a comer dulces, su bisabuelo lo apartó un poco del resto, se ajustó los lentes que empequeñecían sus ojos y se humedeció los labios.

—Todo comenzó hace unos quinientos seis años con el Advenimiento —inició el anciano.

—¿Qué es eso, abuelo?

—Debes saber que en aquellos tiempos todos se preguntaban una cosa, Markuz, ¿adivinas qué era?

Markuz se frotó la cabeza y respondió: —¿Cuándo se iba a acabar el mundo?

—Eso también se lo preguntaban en aquella época como nosotros ahora. Pero la pregunta que más se hacían era: ¿Estamos solos en el Universo? Y fue hace quinientos seis años, en el día del Advenimiento, cuando el meteorito al que ahora llamamos Tánatos y que cayó en un país que se llamaba Tailandia, que encontraron la respuesta.

—¿Ya no existe ese país? —preguntó Markuz.

—No. Hoy ya casi no queda ninguno de los países de antes. Y como te decía... el meteorito, que dicen era muy chico, cayó en ese país y los científicos pudieron encontrar un pequeño pedacito y lo estudiaron.

—¿Había muchos científicos antes? —interrumpió Markuz.

—Sí —respondió tajante su bisabuelo—. Yo creo que la mitad de la gente de esa época era algún tipo de científico, no como ahora que sólo hay unos cuantos cientos en todo el mundo. Pero no me interrumpas. Como te decía... los científicos encontraron un pedazo de meteorito y después de muchos días anunciaron que habían encontrado unos seres microscó-



picos, muy muy pequeños —le dijo mientras hacía un ademán, juntando las yemas de su dedo índice y pulgar—. Tan pequeñitos que no se podían ver a simple vista. Los científicos dijeron que eran muy parecidos a los seres microscópicos que vivían aquí en la Tierra, aunque con algunas diferencias en las cosas que tenían dentro, y los llamaron los Advenedizos. Hubieras visto a la gente en esos días —le dijo con entusiasmo y acercando su rostro al de él—. Todos hablaban de que no estábamos solos en el Universo, que afuera de la Tierra había otros mundos con seres vivos y a lo mejor algunos eran inteligentes como nosotros —y al decir esto no pudo evitar señalar el cielo y mirarlo—. Pero la emoción se acabó cuando la gente empezó a morir —el anciano hizo una pausa intencional para intrigar más a su nieto.

—¿Por qué se murieron? —preguntó Markuz jalándole una mano.

—Has de saber que...

—¿Ustedes dos de qué tanto hablan y por qué están hasta acá en lugar de estar con nosotros? —preguntó la madre de Markuz parada en medio de los dos con las manos en aras.

—Le estoy contando la historia del Advenimiento y la Panspermia —respondió el anciano.

—Ah... ¿Pero no crees que es muy chico? No te va a entender.

—Ya casi cumpla diez años, mamá —replicó Markuz.

—Exacto —reforzó el viejo—. Además él es muy inteligente, más que sus dos hermanos —agregó, revolviendo los cabellos del niño.

—Eso sí. Mi muchacho es muy inteligente —dijo la mujer mientras abrazaba a su hijo y le daba un beso en la frente. Después, regresó al conglomerado familiar.

—¿En qué nos quedamos? —preguntó su bisabuelo, tomándose el mentón.

—Me ibas a contar por qué se empezó a morir la gente.

—¡Cierto! Como te estaba diciendo... la gente y los animales y las plantas y todo ser vivo empezaron a morir.

—¿Todos se murieron? —preguntó Markuz con cierto horror en su cara.

—Sí, hijo, todos se morían —respondió, cerrando los ojos y asintiendo lentamente con la cabeza—. A la gente le dolía todo: los músculos, las articulaciones, la cabeza, los huesos; no tenían fuerzas ni apetito, se quedaban ciegos, sordos, inválidos y de pronto morían; y supongo que a los animales, las plantas y los otros seres vivos también les pasaba algo muy parecido —suspiró y guardó silencio un momento—. Por eso este día se llama de los Siete Mil Millones, Markuz —lo jaló hacia él y lo abrazó—. A esa enfermedad que mataba a todos los seres vivos del planeta la llamaron Panspermisis y causó la muerte de más de siete mil millones de humanos y de casi la mayoría de los otros seres vivos.

Markuz se quedó callado y a su mente se le vinieron imágenes de personas, perros, gatos, simios e insectos muriendo, y de plantas marchitándose, secándose y haciéndose cenizas.

—¿Y esa enfermedad la provocaron los Advenadizos?

—Advenedizos —lo corrigió el anciano sonriendo—. Sí, Markuz, esas criaturas que llegaron, de quién sabe dónde, enfermaron a todos.

—¿Cómo lo hacían?

—Esa es una pregunta difícil. Después de varios años del Advenimiento, cuando los pocos humanos que quedaban se hicieron resistentes a la enfermedad, dicen los viejos libros que ya nada volvió a ser lo mismo. Muchas personas más murieron de hambre porque las frutas, verduras y animales que comían también habían muerto y no había qué comer. También hubo muchas otras enfermedades que mataron a más personas. Y muchísimas guerras en las que se peleaba por comida y que mataron aún a más personas. Fueron tiempos horribles, los peores de la humanidad. Todo lo que había conseguido nuestra raza a lo largo de miles de años se perdió en menos de cien años en el Siglo Negro —volvió a callar, pero esta vez durante un lapso más prolongado—. Dicen que los Advenedizos se comían el ADN de todos los seres vivos de la Tierra.

—¿Qué es eso, el ADN?

—No lo sé muy bien, Markuz, pero es algo que todo ser vivo lo tiene dentro y se pasa de padres a hijos.

—¿Es como el alma?

Su bisabuelo vaciló en responder, pero luego dijo «sí».

Ambos se quedaron callados, reflexionando sobre las últimas palabras que acababan de decir.

—¿Y qué más, abuelo?

Le sonrió y le pidió que mirara el cielo.

—Pero...

—Adelante, Markuz, mira el cielo, hoy te doy permiso de que lo hagas.

El cielo estaba despejado, plagado de estrellas y con una luna menguante. Markuz ya había visto muchas veces el cielo, pero siempre por breves lapsos y a escondidas, y acaso porque aquél día tenía el permiso o porque era una noche especial por aquello de la conmemoración y todas las personas reunidas, nunca antes le había parecido tan sorprendente.

—Se dice... —continuó su bisabuelo mientras también miraba el cielo—. Que antes de que llegara la peor parte del Siglo Negro, los científicos dijeron que habían encontrado algo en los Advenedizos, algo diferente, antinatural, no hecho por la naturaleza, algo que indicaba con toda certeza que ellos habían sido creados, construidos por alguien, y enviados a la Tierra con la intención de eliminarnos.

—¿Qué fue lo que encontraron? —preguntó al instante Markuz, antes de tragar saliva.

—No lo sé, Markuz. Una vez leí que los Advenedizos también tenían el ADN, pero que el suyo tenía una parte rara, sintética.

—¿Qué es sintética?

—Que no la hizo la naturaleza, sino alguien o algo.

—¿Y eso qué significa?

—Que alguien o algo hizo a los Advenedizos y los envió aquí. Alguien, allá arriba, en alguna de todas esas estrellas —le dijo mostrándole la bastedad del cielo—. Quiere nuestro planeta. Por eso el Mal viene del cielo, Markuz, por eso nunca lo vemos.

Markuz abrazó con fuerza a su abuelo, porque por primera vez sintió verdadero miedo del cielo.

—¿Y si vuelven a venir los Ad-ve-ne-di-zos? —preguntó pausadamente para no errar la pronunciación.

—No te preocupes —le respondió su bisabuelo, sonriéndole ampliamente—. Como te dije: nos hicimos resistente a ellos, dejamos de enfermarnos. Además, nuestros científicos...

—¿Nuestros científicos? —interrumpió Markuz—. ¿Los de ahora?

—Sí, los de ahora. Ellos dijeron que en aquella época nuestro ADN cambió y por eso dejamos de enfermar de Panspermisis y las mujeres empezaron a tener dos o tres hijos a la vez. Muy pronto, la Tierra tendrá muchos humanos de nuevo y la ciencia alcanzará lo que tuvo que abandonar hace más de quinientos años, y entonces tendremos la tecnología para defendernos de cualquier cosa.

—¿Cómo? —preguntó Markuz frunciendo el ceño.

—No lo sé, pero ya inventaremos algo que sirva para defendernos de cualquier cosa.

—¡No! ¿Cómo lo de las mujeres?

—¡Ah! Las mujeres de antes casi siempre tenían sólo un hijo al mismo tiempo. No tenían dos o tres o hasta cuatro como ahora.

Markuz alzó las cejas con asombro y le echó un vistazo a sus dos hermanos mellizos que peleaban con niños mellizos de otras familias.

—Eso no lo sabía... Pero tengo otra duda, abuelo.

—Dime, Markuz.

—Si casi todos se murieron de esa enfermedad en el pasado, ¿por qué los que crearon a los Ad-ve-ne-di-zos nunca vinieron? Con casi todos muertos hubieran podido hacer lo que quisieran.

—Porque probablemente... —dijo mientras se acercaba y colocaba su boca a la altura de la oreja de su nieto—. Vienen en camino pensando que encontrarán a la Tierra deshabitada.

Markuz abrió enormes la boca y los ojos y miró a su abuelo con incredulidad y miedo. Iba a hacer otra pregunta, pero alguien informó que ya era media noche y se iniciaría con el ritual.

—Vamos con los demás —le dijo su bisabuelo tomándolo de la mano y sonriendo maliciosamente—. Otro día te platicaré lo que falta.

—Pero —replicó Markuz.

—Otro día, hijo...



Los Peces Sangrientos

La balada del nunca amado

Oscuro - Parte 5

Por: Julio Cevalco





era de mañana. Los soldados de Càdeburg llevaban maniatada a una mujer de cabellos largos, canos, y que vestía una túnica rasgada y vetusta. La mujer caminaba cabizbaja y semidesnuda por la Sala de los Emperadores, y debido a los cardenales esparcidos sobre sus muslos parecía que había sufrido algún tipo de abuso o de violación. La soldadesca reía y marchaba distraída. Cabos, dragones, húsares y lanceros conversaban entre sí, vestidos con cotas de malla gris y jubones negros. En sus pecheras se apreciaba un emblema terrible —el escudo del pez sangriento—: una escórpora de gules en campo de contraarmiños, la cual, era el blasón de la casa protectora de las Tierras de la Guadaña.

Esa mañana, mientras los rayos del sol penetraban por las troneras del castillo, el joven príncipe Valèrian Riese observaba junto a su madre el desfile de los guardias y la prisionera.

—¿Quién será esa mujer? —se preguntó. Pero antes de volverse a sus soldados, uno de los lanceros tomó a la cautiva de los hombros y le dio un empujón hacia el estrado. En medio de las risas la prisionera cayó de hinojos, sus rodillas tronaron, su túnica ajada revoloteó y, al punto, tras escaparse uno de sus senos, Valèrian notó que le faltaba el pezón. Parecía que se lo habían arrancado de una mordida y que la mordida había sido reciente.

—La encontramos deambulando por los bosques de muerte —informó el líder de la guardia luego de quitarse el yelmo. El soldado tenía los cabellos largos del color de la pez y la barba rala. Su nombre era Estefon de Qilbert, un norteño y otrora infame asaltapuertos. El padre de Valèrian lo había asimilado a la soldadesca después de contar con su espada durante la última guerra en las Tierras Llanas; y luego, poco a poco, el oportunista había ido ascendiendo hasta alcanzar el grado de capitán.

—La pordiosera deambulaba pidiendo ayuda —continuó—. Decía que las sombras la perseguían, y también la peste y los cuervos. Una tontería. Luego dijo que había viajado hasta aquí desde Cardan.

—Lo primero que quiero saber es si está contagiada —preguntó la emperatriz ignorando todo lo que Estefon había dicho.

Valèrian observó a sus hombres: soldados de armaduras gastadas, de mal carácter, sucios y hambrientos. Si tuvieran que participar de nuevo en las guerras de las Tierras Llanas serían abatidos sin complicaciones. A veces, Valèrian se preguntaba cómo era que seguían sirviendo al Imperio. Porque a ojos vistas no se trataba precisamente de lealtad.

El capitán de la guardia miró a Valèrian con el rabillo del ojo, y luego, con disimulo, el pronunciado escote de la emperatriz.

—Lo siento mucho, mi Señora. Creo que debí empezar por el principio. —Estefon de Qilbert se aclaró la garganta antes de continuar con el reporte de los acontecimientos—. Rembrandt Un Ojo le Courdier fue quien iba al mando de la expedición. Y fueron él y sus hombres quienes encontraron a la prisionera. Rembrandt nos dijo que la mujer fue inspeccionada. Que tuvieron que desnudarla para ver si tenía síntomas de la plaga. Pero no encontraron nada. Ni una sola úlcera. Su piel es rugosa por la edad pero no se deshace. El hedor que despiden se debe a los días sin bañarse. También encontraron residuos fecales en...

Valèrian no quiso continuar escuchando al capitán. El príncipe observó a la mujer: una desdichada que había sido ultrajada por ese tal Rembrandt y sus Peces Sangrientos. Una mujer de ojos negros y gastados, de córneas manchadas con sangre que daban aspecto de putrefacción.

—¿Cuántos años tiene? —se preguntó Valèrian—. ¿Sesenta? Cincuenta? ¿Y estos son los hombres que conforman el ejército de mi padre? —El príncipe se llevó las manos a la barbilla, y sintió la aspereza de una barba sin rasurar. Valèrian estaba creciendo, y a prisa—.

Peor aún —continuó—. Ahora que padre no se encuentra en Càdeburg estos son los hombres que conformarán mi ejército. Soy el príncipe de una banda de asesinos, violadores, y bastardos con el emblema del Pez Sangriente.

¿Pero qué era lo que podía pedir?

Càdeburg no se había formado de sueños por justicia en un mundo de carniceros. Càdeburg se había formado allende el Mar de la Peste y el Mar de la Tempestad, gracias a una banda de pescadores y salteadores de puerto que usaban el veneno de la escórpora en sus atracos.

Valèrian observó a la mujer de nuevo y, en esta ocasión, ella también lo observó a él. Las miradas se entrecruzaron por un momento hasta que uno de los guardias pateó a la mujer en la quijada.

Un diente sangrante voló hacia las sandalias de la emperatriz, mientras que el miembro de la armada del príncipe, reprendía a la prisionera con insultos y blasfemias.



—¡Alto! —intervino rápidamente Valèrian—. ¡¿Pero qué demonios haces?! ¡Nadie te ha dado derecho para golpearla!

Entonces el guardia, algo asustado, al punto retrocedió.

—Es una hechicera, mi señor —replicó en su defensa—. Trataba de embrujarlo con la mirada. Yo estuve allí cuando la revisamos. Lo mismo hizo con uno de nuestros soldados: Gillebarth Ojos Grises. Y el condenado terminó colgándose de un árbol una noche después.

—Es mentira... mi señor... —pareció susurrar la harapienta. Pero Valèrian la ignoró a pesar de que había oído cada una de sus palabras. La voz de la prisionera sonó como un ronquido. Como si sufriera de tuberculosis o tos.

El Príncipe de la Guadaña dirigió la mirada al guardia, a quien reconoció bajo la visera del casco. El hombre tenía unos ojos almendrados.

—Debería hacerte azotar por lo que has hecho, De Casmiion —se recordó—. Pero no puedo darme el lujo de perder la simpatía de la armada al castigar a un paria como tú. Por ahí hay muchos que te respetan. Además, padre no se encuentra en Càdeburg, y si queremos que este Reino sobreviva a la plaga, esos malnacidos deben pensar que el Príncipe de la Guadaña es otro hijo de puta igual o peor que ellos.

Luego Valèrian observó a su madre, y después, recordó el rostro de Lord Valcarian Riese, su padre enfermo. La última vez que había visto al emperador, Valcarian estaba envuelto en una túnica negra, con el rostro cubierto por un manto y una capucha, y se dirigía a una carroza con dirección a Pradera Azul junto con su tío. El Príncipe de la Guadaña se volvió a la prisionera y, de pronto, pensó que si en verdad era una hechicera, tal vez podría preparar algunas pócimas para curar a su padre, o quizás, para alargarle el período de vida.

Valèrian se arregló las hombreras de su capa mientras se volvía al capitán de la guardia.

—Entonces no está contagiada —le dijo—. Ni presenta ninguna amenaza, pero dicen que viene de Cardan.

—Mi señor... —susurró la mujer desde las sombras.

—Nadie te ha dado permiso para hablar —la cortó Valèrian antes de mirar de reojo a la emperatriz, la cual, permanecía sentada sobre el sitial, estudiándolo—. Quiero que se la lleven al calabozo —continuó el joven príncipe, esta vez, con los ojos clavados en sus soldados—. Luego que alguien la bañe, que la sequen, que la peinen y que le den ropa limpia. Necesitamos saber qué es lo que ocurre en el sur de la Guadaña. Y esta mujer, bruja o lo que sea, puede sernos útil.

—Gracias... mi señor —susurró la mujer.

—Hay algo más —dijo de repente Estefon de Qilbert.

—Dime, ¿qué sucede?

—Cuando la encontraron, dicen que arrastraba esto. —El capitán de la guardia dio la orden para que sus soldados abrieran la puerta del Salón de los Emperadores. Uno de los escuderos trotó hacia el umbral de la puerta, tomó la perilla y la abrió. Y desde las sombras aparecieron tres húsares con cotas de malla que traían sobre una charola de acero dos armas campesinas de guerra.

Valèrian las observó, impávido, pero con atención: dos hoces o cegadoras de mango curvo y largo. Una era más grande que la otra. La hoz más larga llevaba grabados símbolos rúnicos en un idioma oscuro y antiguo que la casa del Pez Sangriento desconocía. Las runas marcaban tanto la hoja como el mango y, lo más extraño, era que ambas armas estaban forjadas en un metal negro, similar a la condrita, a la obsidiana y a la espectria. Valèrian, al estudiarlas, pensó que quizá podrían estar forjadas de varios metales de los abismos.

—¿Están afiladas? —preguntó el príncipe con el ceño fruncido.

—Mucho, mi señor —respondió uno de los soldados que sostenía la bandeja—. Son armas perfectas para la guerra. Rembrandt Un Ojo las probó cortando madera en los Bosques de Muerte, y corta la corteza como si fuera manteca. Lo mismo ocurrió cuando cortó los ca-

dáveres. Quisimos saber más de ellas pero cuando interrogamos a la mujer, sólo nos dijo que las encontró clavadas en el cuerpo de su hijo, y que desde entonces las ha arrastrado hasta nuestras tierras. Rembrandt ordenó que se las trajéramos, mi señor. Nos dijo que sería un hermoso presente.

—Un presente sucio de un carnicero sucio —pensó el príncipe, pero luego cambió de parecer. Podría rechazarlo, sin embargo sería ganarse la enemistad de una banda de asesinos. Ganarse la enemistad de su propio ejército.

—Un regalo perfecto —dijo Valèrian finalmente, con un tono de voz bastante convencido—. El Príncipe de la Guadaña no podría estar completo sin ese par de juguetes. Quiero que los lleven a la armería y que el armero corrobore las palabras de Rembrandt.

—Así se hará, mi señor —respondió el capitán de la guardia y, acto seguido, le ordenó a los Peces Sangrientos que retiraran las hoces de la presencia de sus señores.

De inmediato, los soldados que trajeron las armas evacuaron el salón mientras Estefon de Qilbert, de pie junto a las columnas, esperaba las órdenes de Valèrian Riese pero el príncipe permaneció sumido en un sepulcral silencio. Con ojo crítico se dedicó a observar a sus hombres marcharse ante la espera de sus dos generales. Valèrian, sudoroso, caviló. ¿Qué otras cosas habían hallado en los Bosques de Muerte? ¿Sería posible que sólo cadáveres, suicidas, dos hoces y una mujer cardiese? ¿O también algún rastro de su prima Ofelia, la bastarda de Hèmmut?

Valèrian suspiró. Esa mañana era la primera durante mucho tiempo en la que había encarado a los soldados de su padre, por lo menos en su reemplazo; y recordaba que el emperador Valcarian, pese a su vejez, jamás había dejado aflorar ningún rasgo de flaqueza ni de compasión. Por el contrario, siempre se había mostrado como un gobernante duro y de espíritu inquebrantable. El temperamento de Valèrian era, sin embargo, bastante diferente, y en muchos de los soldados de Càdeburg quedaba la duda de si el príncipe lograría encumbrarse sobre la sombra que su padre alguna vez dejó.

—Quiero saber si han encontrado rastros de la bastarda —preguntó el muchacho siguiendo los impulsos de su corazón; algo que el emperador jamás habría hecho.

En ese momento, la emperatriz, con la vista fijada en las gradas del salón, soltó una tos ligera, como si se hubiese percatado del traspié de su hijo. Pero los soldados parecieron no darle importancia.

—Ningún rastro de la cría —respondió finalmente Tommarth de Casmiion luego de hacer un gesto de negación con la cabeza—. No hemos encontrado nada pero Rembrandt la continúa buscando. Es por eso que no ha regresado todavía.

—Una hazaña dura, incluso para un mariscal de la talla de Rembrandt —añadió Estefon desde las sombras. En sus ojos se pudo leer un resplandor con aire a disgusto. Patrullar los alrededores del castillo, las fronteras del bosque, los caminos y seguir el curso del río durante la época de la plaga, era como viajar con un cuchillo en la garganta. Valèrian había visto muy de cerca la crisis que apabullaba a su nación: tropeles de errabundos y mendigos, y bandas de cuatros, asesinos y salteadores de caminos que dejaban una estela de sangre, huesos, y cuerpos en descomposición; a campo traviesa se oía sólo zumbidos de moscas, y en un averno como aquel, encontrar a una muchacha era una tarea para empezar removiendo escombros, basura, o hurgando entre las fosas de cadáveres. Estefon de Qilbert parecía intuir, paseándose entre sus soldados, los pensamientos de su señor.

—Lo que le ha encargado tomará tiempo, mi príncipe —le dijo con una sonrisa falsa—. Su padre, nuestro preciado Lord, fue muy claro con sus ordenanzas. Patrullar los Bosques de Muerte en busca de opositores al régimen. No teníamos permiso de hacer nada más. Sólo no pierda las esperanzas: mientras más traidores hallemos, más cerca estaremos de encontrar a la bastarda.

Valèrian, desconfiado, frunció el ceño. Estefon no pudo haber sido más claro; y para entonces era más que evidente que ni para los guardias ni para el Emperador de Càdeburg,

Ofelia era una pieza importante del tablero. Si bien Estefon pudo ser asaltapuestos y proscrito en su pasado, el capitán de la guardia no era ningún imbécil. Llegar a capitán en tan corto tiempo era un hecho meritorio. Y como todo hombre sensato, no lo había conseguido embriagándose, durmiendo con prostitutas, ni consumiendo hongos que despertaran la visión oscura.

Esa mañana, al príncipe no le quedó más que guardar silencio, cabizbajo, y recordar que en asuntos políticos Ofelia carecía de valor, y que sólo se trataba de la hija bastarda de su tío Hèmmut.

—No van a buscarla —pensó, royendo bilis en el corazón—. Probablemente Rembrandt un Ojo tampoco lo haga. Y lo más seguro es que cuando regrese me diga que Ofelia se encuentra muerta, que quedó irreconocible, y me mostrará el cadáver de una niña cualquiera, contagiada de plaga.

Una visión lamentable, hórrida y malsana, la cuál fulminó su semblante como una brisa silenciosa bajo los rayos del alba; mientras tanto, la voz gruesa del capitán de la guardia empezaba alzarse como el vuelo de un águila.

—La guerra es dura, mi príncipe, pero si se permite aceptar el consejo de un servidor, nunca se de el lujo de mostrar sus flaquezas ante su pueblo. Siga los pasos de su padre. Estoy seguro de que mientras se encuentre con vida, su ejército lo sabrá recompensar. —El capitán se volvió a sus hombres luego de intercambiar una mirada cómplice con la emperatriz. El batallón presente, compuesto de no más de treinta soldados, agachó la cabeza como si se tratara de una orden monástica, guardando un juramento de silencio. Pero Estefon de Qilbert retomó su pequeño discurso tras volverse ligeramente a Valèrian Riese—. Por ahora puede sentirse tranquilo —le indicó—. Me tomé la libertad de asignar a unos cuantos de mis tramperos y rastreadores a la mesnada de Rembrandt. Tenía las esperanzas de que logran seguir los pasos de la bastarda. Pensé que a su Ilustrísima a lo mejor le gustaría saberlo.

Valèrian no respondió. No de inmediato. El príncipe hizo un gesto con la mano indicando al capitán y a sus soldados que podían retirarse. De modo que Estefon, por medio de una inclinación de cabeza, lo aceptó.

—Con su permiso —dijo antes de darse la vuelta para salir del salón.

—Sí, pueden marcharse —susurró Valèrian luego de cavilar en silencio—. Gracias y tomaré el consejo.

El capitán de la guardia esbozó una sonrisa ligera y, en ese momento, ya desfilaba por el salón junto a su tropel de Peces Sangrientos. Tommarth de Casmiion tomó a la prisionera de uno de sus brazos y, en medio sus gritos y sus quejidos, se la llevó. Entonces, por un instante, la estancia permaneció silenciosa como una cripta.

—Si quieres ganarte el respeto de esos hombres —rompió el silencio la emperatriz—. Debes escuchar a Estefon —Valèrian no se dio cuenta, pero en unos segundos la brisa arremetía contra la roja cabellera de su madre. Èvenon Riese tenía el rostro maduro y su arrugas acentuadas eran apenas incipientes. Los cabellos de la mujer estaban adornados con una tiara de obsidiana con forma de sierpes entrelazadas, y su vestido negro y escotado dejaba ver una abertura a la altura del muslo, de la cual, escapaba un tatuaje que ella misma se había dejado marcar luego de cabalgar a su primer semental—. Lo conozco —continuó con su voz profunda y apagada—. Estefon puede ser un maldito patán pero también es astuto y sabe lo que hace. Una vez me dijo que a un buen gobernante jamás lo seducen sus pasiones, no importa que por dentro su corazón sea abrasado por las llamas.

El príncipe asintió, y recordó que dichas palabras se las había dicho su padre. Era posible que Estefon se las hubiese enseñado mucho tiempo antes pero no había manera de comprobarlo.

—Guarda la emotividad para la alcoba —continuó su madre al ver a Valèrian con el ceño fruncido y la frente empapada de sudor—. Estos hombres te están dando una oportunidad. Si creen en ti es porque con un poco de mano dura piensan que puedes ser el gobernante

que se merecen. Tienes tus defectos. También los tenía Valcarian. Sólo recuerda que para ganarte el respeto del pueblo, primero tendrás que forjarlo en tus seguidores más cercanos. Conviértete en un arma pero en una que pueda matar sin una mano que la esgrima. No dejes que otros lo hagan por ti.

—Son unos hombres miserables —respondió el príncipe dando vueltas por el salón con la cabeza gacha—. He visto el campo de batalla, madre; a mi corta edad puedo decir con orgullo que he combatido no sólo una vez, y sé lo que hacen con sus prisioneros antes de arrojarlos a sus celdas. Esa mujer que trajeron tenía la mirada asustadiza, vacía como un abismo o como el infinito. Los torturan, los queman y les arrancan la piel a tiras. De Casmiion y los otros no tienen derecho a tratar a otros así, sobre todo si no les han hecho daño o cuando no son rebeldes.

La emperatriz arrugó los labios.

—Se divierten —murmuró con una voz rocosa—. De alguna manera tienen que cicatrizar las heridas y extinguir el éxtasis de la guerra. Sé que es terrible pero terrible es la naturaleza y, sobre todo, la naturaleza de nuestra especie. Tenlo presente cada mañana al abrir los ojos y antes de pegar la cabeza sobre la almohada. Si no les sirves como quieren, los soldados podrían rebelarse y venderme a mí, y matarte junto al resto de tus hermanos. No seas necio, hijo. Y no te permitas ser débil. Sé como tu padre. Tu padre hizo las cosas lo mejor que pudo y las hizo bien.

—Sé una mierda —pensó el príncipe—. Un tirano y destruye a tus enemigos hasta que no quede ni el polvo de su legado. Eso es lo que madre trata de decirme pero a veces me cuesta creer que le debo dar credibilidad. Por un demonio... ¿Por qué todo de pronto me parece tan difícil...?

Valèrian continuó caminando en círculos en el interior de la estancia pero sus piernas se movían cada vez más despacio. De rato en rato observaba el rostro su madre, quien lo estudiaba con su semblante liso y sereno, el de una mujer prudente que rondaba la mitad de su cuarta década. En ese momento reparó en las cortinas ajadas detrás de los tronos de los emperadores. Las columnatas de piedraoscura, antes gruesas y macizas, se hallaban deterioradas debido a la peste a la que los hombres de la Guadaña llamaban plaga. Valèrian sintió que de seguir los consejos de su madre, de los soldados y, probablemente, de un sinnúmero de gobernantes, su alma iba a terminar corrompiéndose como esos pilares.

—¿En qué piensas? —le preguntó la emperatriz sin quitarle la mirada de encima.

—No es nada, madre. —El príncipe se detuvo en un abrir y cerrar de ojos, y sobre el semblante se le dibujó un velo de sombras—. Solo necesito un poco de espacio. Siento la necesidad de pensar, así que me retiraré si me lo permites.

—No tienes que pedirme permiso. Eres el emperador a cargo. Si te da la gana, puedes pasear desnudo por las calles e ir a relajarte. Sal. Pasea. Visita los burdeles. Follar con dos o tres mujeres es un buen ejercicio siempre. —Una sonrisa rijosa se marcó en el rostro de la emperatriz, y el joven Príncipe de la Guadaña no soltó ni una palabra. No quiso. Valèrian se dio la vuelta y, a pasos firmes, abandonó el Salón de los Emperadores.

muro de Honor de los colaboradores

aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



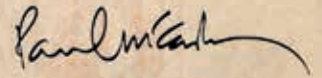
Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú